

Mi camino hacia Dios

© Copyright 1993 reservado a Radka Rashkova para todos los países. Prohibida cualquier reproducción, adaptación, representación o edición sin la autorización de la autora y del editor. Tampoco está permitida la reproducción de copias individuales, audio-visuales o de cualquier otro tipo sin la debida autorización de la autora y del editor.

© IK “Pravoslavie” c/o Jusautor, Sofía

ISBN 954-594-001-8

Radka Rashkova

Mi camino hacia Dios

Traducción del Búlgaro

1ª Edición

PRÓLOGO

Yo soy una persona común, terrenal como muchas otras con quienes nos encontramos a diario en la calle. También tengo mis debilidades humanas, mis propias preocupaciones y emociones. Si nací tarde, o temprano, no lo sé, pero si hace un par de años hubiera encontrado una persona que cronológicamente me hubiera predicho los acontecimientos que sucedieron en mi vida, sin duda alguna la hubiera mandado a consulta médica. Más ahora... Ahora, cuando todo esto ya sucedió, cuando los acontecimientos no son inventos, cuando las personas* que han participado en ellos están vivos... ¿Cómo explicar todo esto? No soy médica, ni psicóloga, ni filósofa, ni teóloga. Durante toda mi vida consciente no había tocado la Biblia, tampoco había leído ni una sola línea de un periódico o libro religioso. ¿Cómo puedo explicar con simples palabras que esto puede ocurrirle a cualquiera?

Todo empezó de una forma absolutamente inocente, como en broma o simplemente por curiosidad humana ¿Por qué no había de intentarlo si otros antes de mí lo habían logrado? ¿Si no podía hacer yo también algo bueno para la gente de manera que pudiera serles útil? Actualmente los tiempos son dinámicos. Cada quien se ocupa de diferentes problemas que pueden estar cerca o lejos de uno.

Probé y... ¡sucedió! Sucedió porque simplemente ya era, pero yo no sabía que aparte de nosotros, los seres conscientes sobre la superficie de este planeta Tierra, existen otros mundos, otras personas y otras civilizaciones. Porque aparte de nosotros, y de ellos, existen también civilizaciones superiores a las nuestras, hay una conciencia superior que gobierna al Universo.

Tomé papel y lápiz y pronuncié en aquella tarde silenciosa y tranquila las palabras mágicas: “No tengo miedo. Si hay alguien aquí, que me conteste...” ¡Ay, Dios! Mi mano se movió. Al principio comenzó a escribir líneas débiles, luego sentí una presión, las líneas se reforzaron y se volvieron más claras, luego en puro idioma búlgaro apareció una frase: “¡Adelante!” Así se inició mi contacto con un mundo invisible para nosotros, el mundo de nuestros vecinos difuntos, los que vivieron con nosotros, quienes después de su muerte física están cerca de nosotros porque... *«el cuerpo es mortal pero el alma es inmortal»*, porque el cuerpo es una cosa y el alma – otra, pero en aquél momento de empezar el contacto para mí no estaban claras estas cosas. Este fue el comienzo. Escritura automática y recepción telepática del pensamiento. Así hice contacto con el mundo del más allá. Al principio el contacto era una vez por semana, en un día exacto y por muy poco tiempo porque no tenía

* Se han cambiado los nombres para proteger la vida privada de las familias.

dentro de mí la suficiente reserva de energía para un diálogo más largo. Paulatinamente éste aumentó y pude conversar más tiempo sin cansarme.

¿Quién y por qué aumentaba mi equilibrio energético? ¿Quién y por qué me daba la posibilidad de este contacto? La respuesta la recibí más tarde, *«porque cada don se da desde más arriba»*.

Paulatinamente mi actividad mental fue desarrollada, yo diría que fue liberada. Resultó, que para la energía mental no había obstáculos, que realmente el pensamiento tiene alas y que lo que intentamos hacer con los satélites artificiales y los aparatos complicados, Dios lo ha puesto en el interior de nuestras cabezas desde que aparecimos sobre la faz de la Tierra – es decir, nuestro cerebro y sus capacidades aún no han sido descubiertas. El cerebro irradiaba impulsos mentales. Ellos se transmiten en el Universo y a través de ellos puedes realizar contacto con cualquier punto, con cualquier planeta, si en este existen seres vivos. No hay barrera entre idiomas. Recibes impulso por impulso, uno por uno; su pensamiento lo recibes como pensamiento en tu cerebro y al mismo tiempo se escribe automáticamente en la hoja de papel a través de tu mano. Esto se puede realizar no sólo a través del pensamiento sino también como cuadros con imágenes que puedes ver con los ojos abiertos o cerrados. Así, mucha gente puede predecir el futuro o relatar el pasado, porque ellos simplemente ven esto como si fuera una película.

Cuando recibes pensamientos de otros seres conscientes, éstos no son iguales. Por sus pensamientos, por su manera de expresarse, puedes constatar el nivel de su desarrollo, de su intelecto. He tenido la suerte de contactar con seres cósmicos muy buenos e inteligentes, porque el contacto con el otro mundo es sólo el principio, es sólo el primer escalón en tu desarrollo y posteriormente los contactos cósmicos son el segundo nivel. Si aquí logras una buena presencia, si aquí te desarrollas y comprendes para qué has venido a la Tierra, entonces llega el tercer nivel, el tercer peldaño – tener un Maestro espiritual del nivel Divino, porque resulta que Dios no es un mito, no es una leyenda, ni es una cosa lejana o inaccesible, sino está vivo y es real. Puede estar con nosotros si nosotros Le amamos.

Cada persona bautizada en el nombre de la Santísima Trinidad puede recibir al Espíritu Santo. Cada uno puede llevar dentro de sí mismo, en el verdadero sentido de las palabras, al Espíritu Santo hasta el final de su vida, pero esto significa tener pensamientos puros, alma pura, corazón puro. Esto significa vivir el mundo de hoy según las leyes Divinas y según la voluntad de Dios. Es maravilloso sentir dentro de tu débil cuerpo humano al vibrante espíritu creativo, pero no es fácil, porque tienes que luchar a cada momento de tu vida consciente en la Tierra por el Amor y la Piedad Divina.

Queridos lectores, si mi sencillo libro os ayuda por lo menos un poco para poder encontrar vuestra vía hacia Dios y recibir Su Piedad superior y Su Bondad, significa que mi vida en la Tierra ha tenido sentido.

I

Todo empezó en un hospital común de provincia. Hace dos años, a fines de Diciembre, me comunicaron que el estado de mi madre empeoraba y que era necesario que algún familiar le hiciera compañía en el hospital. Mi madre estaba enferma desde hacía mucho tiempo – 26 años. Yo me dividía entre ella y mi familia. Compraba medicinas importadas, consultaba profesionistas famosos, buenos especialistas en su campo, pero su estado no mejoraba, al contrario – se estaba volviendo casi desesperado. Así que recibí el Año Nuevo de 1990, en una habitación de Infectología de la sección de Cirugía en el hospital. Había allí ocho camas, sobre cada una de ellas se encontraba una persona que de allí iba directamente a patología del hospital. Tremendo ¿verdad? Por una extraña coincidencia en la misma sección del hospital se encontraba mi único tío materno, tenía diabetes con complicaciones graves, una pierna amputada y una herida infectada. En aquél período tuve que cuidar no sólo uno sino a dos enfermos, y a los demás enfermos que pedían un vaso de agua, la medicina o que llamara al camillero, al médico, a la enfermera para que les cambiara la venoclisis. Afuera hacía tanto frío que la madera y aun las piedras se rompían. El termómetro marcaba 27 grados bajo cero y adentro no había calefacción desde hacía dos días, la gente estaba en medio de sus sufrimientos, temblando de frío. En aquel período empezaba a notarse también una escasez de medicamentos. Los médicos no sabían cómo aliviar a su pacientes en el período postoperatorio, faltaban incluso las ampolletas de analgésico. La gente moría. Cada día alguno salía de esta sección, donde su camino y también sus preocupaciones terrenales habían terminado. Estaba triste y sin ayuda en medio de este mar de dolor y sufrimientos humanos, por primera vez en mi vida me arrepentía de no haber sido médica – mi sueño infantil no realizado. Desde mi hogar nadie llamaba, mi hijo cumplía el servicio militar, mi marido y mi madre en 20 años no encontraron un idioma común. Mis colegas estaban lejos, pero en esta ciudad de provincia tenía buenos amigos de la infancia quienes no me abandonaron en los momentos más difíciles e hicieron más soportable mi permanencia en el hospital (más tarde, cuando comprendí que Dios existe, Le agradecí efusivamente que me hubiera dado buenos amigos). Mis amigos venían casi todos los días, me aliviaban con sus buenos sentimientos y con sus buenas palabras me daban nuevas fuerzas, esto, creedme, en momentos difíciles, no es poco. De esta manera recibí el Año Nuevo en el hospital, en compañía de quienes sufrían. Los días pasaban difícilmente, las noches eran sin fin. El estado de mi madre empeoraba y no podía alejarme de ella ni una hora. Una noche me pidió que llamara en nuestra habitación a mi tío porque quería hablar con él algo. Pregunté al médico de guardia y él permitió que mi tío entrara en la habitación donde estaban los casos más

graves de la sección de cirugía. Evidentemente el médico comprendía por qué mi madre llamaba a su hermano, pero en aquel momento yo todavía no entendía muchas cosas. Mi tío entró y se sentó sobre la cama de su hermana. Entonces, ella, quien desde hacía semanas no hablaba o lo hacía con dificultad, comenzó a hablar en voz baja pero clara y conscientemente: “Querido hermano, te llamé porque ésta noche puedo hablar, pero luego no podré más. Quiero que me recibas por última vez en tu casa y que me entierres en la tumba de mi marido.” (mi padre y mi madre, que Dios les perdone, se fueron sin tener su propio nido, su casa propia). Aquella noche, ella ordenó detalladamente cómo y de qué manera quería ser sepultada, todo esto se lo decía a mi tío, yo permanecí a su lado, pero a mí no me dijo nada. Sencillamente, en aquel momento yo no existía para ella, aunque no dormía durante las noches, le alimentaba, la cambiaba y velaba por los sistemas. Mi madre no me dijo ni una buena palabra, ni se despidió de mí, porque no pudo olvidar que me había casado con aquél hombre a quien nunca aceptó. Escuchando la conversación entre ambos, casi dormida, observaba a los enfermos de cuyos ojos callaban lágrimas y simplemente no entendía que mi madre estaba hablando, por última vez, así de bien. Oí sólo que mi tío le preguntó: “Hermana, ¿cómo debe ser el funeral, con o sin cura?” Escuché la voz de mi madre, débil pero clara: “Como quieras, me da igual, Dios no existe.” Fue todo. Después de esta noche su estado comenzó a empeorar, se volvió sobrecogedor. Sus sufrimientos eran inhumanos. Todo el cuerpo se le cubrió de granos llenos de líquido que se rompían y debajo de estos se abría una herida negra. La lengua se le partió en dos. No podía aceptar una sola gota de agua y se moría de fiebre. Sus sufrimientos eran tan fuertes y terribles que los demás enfermos en la habitación, no pudieron soportarlos. Nos aislaron en una habitación a solas. Venía sólo la enfermera y el médico que le curaba, cambiaban sistemas, medicinas, pero todo era inútil. De vez en cuando venía algún enfermo, se asomaba silenciosamente por la puerta, movía compasivamente la cabeza, suspiraba y se alejaba también en silencio. Yo trataba de ayudarle cuanto podía, no tenía miedo de ella, pero nada más al tocarla, de su boca salía un reguero de líquido que olía horriblemente. ¿De dónde venía todo eso? Durante casi un mes no había comido, era sólo piel y huesos. Entonces, queridos lectores creedme, comprendí que existe una fuerza, que hay algo. Recordé mis lejanos años de infancia, cuando mi madre era joven, fuerte y sana, pero ¡Dios me perdone!, debo decirlo, ella no controlaba sus palabras. Cuando se enfadaba pronunciaba maldiciones: “¡Púdrete en vida!”, “Que se te parta la lengua, que no puedas tomar ni una gota de agua”... Y ahora, estaba aquí delante de mis ojos. Yo misma lo veía, no era un sueño – cada maldición caía sobre ella y con tremenda fuerza. Entonces, yo aún no muy consciente, de pie frente a su cuerpo convulsionado por los sufrimientos, pronuncié: “Dios, si existes... – nótese la frase - si existes, yo no sabía que Él, Dios,

existe”, “...Te ruego, Dios, ahorra sus penas.” Dos días después mi madre murió a la media noche de un sábado al domingo. Simplemente suspiró y con esto todo terminó. Me acerqué a ella sin ningún temor, cerré sus ojos y mentalmente dije delante de su cadáver todavía caliente: “Dios, si existes, te prometo que jamás, hasta el final de mi vida terrenal haré mal a nadie, ni con el pensamiento, ni con la palabra, ni con la acción.” Nadie (al menos así me pareció en aquél momento), recibió esta promesa mía, había un silencio absoluto. Me incliné sobre ella, la besé y dije como me había enseñado hacía tiempo mi maravillosa abuela: “Dios, si puedes, perdónala.” Después llamé al médico de guardia. Siguieron los procedimientos habituales: enfermeras, camilla, morgue, personas cercanas a la familia, parientes, funeral. Todo era para mí como un sueño. Regresé nuevamente a casa e intenté reanudar mi vida normal. Mi hijo, desde su servicio militar, me envió una carta en la que había una sola frase que recuerdo: “Mamá, te quiero, te compadezco y quiero que sepas que estoy contigo.” Lloré mucho, me sentía sola. Luego me puse gravemente enferma, durante cuatro o cinco meses estuve en cama, las complicaciones seguían una tras otra, medicinas y, solamente un médico, a quien respeto profundamente, me aseguraba que me curaría y decía que así le haría publicidad a su consultorio. Me curaba sólo con hierbas. El médico tenía razón, me curé a pesar de que había adelgazado mucho y apenas me movía, logré mejorar y comencé a trabajar.

En el trabajo, como siempre que se falta durante mucho tiempo, había desorden. Fue necesario viajar a provincia debido a una comisión de trabajo, donde tuve que dirigir un gran consejo. Tenía un colega, no nos entendíamos bien y durante el viaje nuestra relación empeoró. Por consecuencia llegamos de mal humor al consejo. La gente ya estaba reunida y obligatoriamente teníamos que reconciliarnos y empezar el consejo. Propuse que él dirigiese la reunión y yo comencé a redactar el protocolo. Al poco rato noté que uno de los especialistas que hablaba, se expresaba muy bien y claro. Tuve la impresión de que guardaba la información dentro de mi cabeza como en un cajón vacío. “¡Dios!” - me dije, con la mala costumbre que tenemos de llamar a Dios por tonterías: “éste por qué aún no es profesor, de seguro podría dar mucho a sus alumnos.” Levanté la cabeza para ver al que llamé “profesor” y aluciné. Sobre la hoja del protocolo había escrito ya el pensamiento que en ese momento estaba él diciendo. “Dios mío, seguramente me estoy volviendo loca!” Más, aún sin acabar de pensar esta frase, comprendí. Recibía telepáticamente los pensamientos de ese hombre. A partir de aquí comenzó ésta muy extraña, a primera vista, historia.

II

Durante la reunión, surgió otro problema. Para resolverlo fue compuesto un grupo operativo encabezado por el “profesor” (así llamaré a esta persona porque más tarde supe que de verdad había enseñado durante muchos años en una Universidad). En el grupo operativo yo tenía la obligación de ser su consultante y secretaria. El Profesor aún durante el consejo había estado en contra de formar un grupo operativo y especialmente en contra de la participación de los “burócratas”, como nos llamaba con desprecio. ¿Qué se le iba a hacer? No aceptaron sus protestas y yo, “la pequeña burócrata”, fui incluida en su equipo. Después de unos pocos días nos pidieron el primer material. Llamé a la secretaria del Profesor, pero ella amablemente me contestó que él no estaba en ese momento pero si quería podía dejarle un mensaje a ella. Dejé el mensaje oportuno pidiendo que por favor me llamara cuando volviera, pero no llamó en todo el día. Al día siguiente llamé otra vez – la misma respuesta. Probablemente el Profesor quisiera demostrarme que no tenía ningún deseo de trabajar con gente que se ocupa solamente con informes, ponencias y llamadas telefónicas. Insistí y al día siguiente, con fiebre 39 grados, estaba delante de la oficina del Profesor. Él no se encontraba. Me marché desesperada por no poder hacer mi trabajo ese día, pero le encontré en el camino. Lo acompañaba una joven señora, rubia y simpática. Hablaban alegremente y atravesaban hacia la otra acera. Por un momento vacilé si llamar su nombre y si el momento era oportuno, pero recordé que tenía que resolver el problema y por eso crucé su camino brevemente. “Buenos días, señor” – dije con voz aparentemente tranquila. “Buenos días, señora” – contestó él. La mujer rubia estaba silenciosa a su lado. El Profesor no consideró presentarnos. Volvimos a su oficina, me presentó a su secretaria como “alto” funcionario, a quien ella debía prestar seria atención, pidió dos cafés y me invitó a su despacho. La conversación transcurrió relativamente bien. Apunté la información que me servía para el informe, tomé el café, le agradecí por todo, le pedí que me diese por favor las informaciones necesarias de vez en cuando y me marché. Durante la conversación me sentía normal, sólo tenía muchísimo calor, pero pensé que sería por el calor en su despacho y por el mal estado de salud que tenía.

Entre otras cosas, me invitó una amiga mía a su casa para tomar café, donde inesperadamente conocí a la mujer rubia que vi con el Profesor. Resultó que era su esposa. Hablamos, me disculpé por el primer encuentro y con pocas palabras le expliqué las dificultades que tenía en el trabajo. Ella sonrió cariñosamente y me invitó a su casa. Me molestaba mucho pero no rechacé la invitación. No tenía ninguna intención de molestar al Profesor en su casa, pero pensé que las personas se deben respetar no por la

posición que tienen, sino simplemente por ellos mismos y seguramente esto fue el impulso inconsciente por el que decidí ir a su casa.

Llegó el día. Tomé una flor y con pasos inseguros partí hacia su casa. Toqué el timbre tímidamente. Se asomó a la puerta la misma Rositza, así se llamaba su esposa, quien con un gesto amistoso me mostró la entrada de la sala y se disculpó por un momento. Entré y quedé estupefacta. Lo primero que vi en este salón muy bien arreglado y fino, fue una pintura. Similar a una que tenía en casa. Lo recibí en condiciones muy extrañas en octubre de 1987, durante una comisión de servicio en Moscú. Quería salir de ahí. No sabía por qué estaba allí, no sabía por qué acepté la invitación, pero ya era tarde. Mi amiga entró sonriente en el salón con dos tazas de café, cigarrillos y unos dulces. Me miró y me dijo: “Siéntate, por favor. ¿Por qué estás así? Lo siento, querida, pero esta vez tomaremos el café solas. El Profesor está cansado y se acostó para reposar, pero tú no te preocupes, te acostumbrarás a él. No es tan malo.” Me senté. Tuve que hacer fuerza de voluntad para ayudarme y al mismo tiempo rezar a Dios para que el Profesor no se fuera a despertar y se le ocurriese entrar en la sala. Hablamos muy espontáneamente y me tranquilicé poco a poco. La mujer me había recibido amistosamente y en ese momento llegaron también los dos hijos del Profesor. Me los presentó. Dicen que los hijos son la mejor manera de formarse una opinión de una persona extraña. Seguramente es así. Lo curioso fue que estos dos niños me recibieron también bien. Hablábamos de varias cosas de la vida y al final me armé de valor para preguntar lo que desde el principio me quemaba la lengua: “¿De dónde es este cuadro tan bello?” La dueña me contestó que en octubre de 1987 el Profesor ayudó en su tesis a un estudiante vietnamita y en agradecimiento él se lo regaló.

Dios, pensé, ¿qué está pasando aquí? ¿Por qué los dos cuadros provienen del mismo año, del mismo sitio, de la misma ciudad de Vietnam e iguales para ambos? ¿Qué me unía a este hombre? ¿Quién quería ésta relación y por qué? Más preguntas poco claras invadían mi cabeza y cuando me marché prometí llamar otra vez, sin olvidar agradecer la hospitalidad.

Era el tiempo de los exámenes de admisión para estudiantes. Desde la provincia me pidieron que cotejara las listas de resultados en la Universidad de mi hijo. Mientras buscaba su nombre vi el nombre del hijo del Profesor. Recordé que me dijeron que él también había hecho los exámenes en la Universidad. Me fijé en las especialidades señaladas pero estaban codificadas y no entendí qué exactamente quería estudiar el muchacho. Volví al trabajo y llamé a mis amigos de la provincia para confirmar que había visto en la lista a mi hijo. Decidí llamar también a Rositza.

- Rositza – dije - Han salido las listas con las especialidades. Por favor, cotéjala porque a menudo se cometen errores, y yo no pude descifrar las especialidades de tu hijo. El plazo de corrección de la lista es hoy.

Dios, ¿qué me había pasado? ¿Por qué pensé que había algún error en la lista? Eran las 10 por la mañana. Rositza fue, cotejó y descubrió un error – la más importante especialidad que quería estudiar su hijo no estaba anotada. En la tarde hubo una tempestad. Resultó que el decano de la facultad había tachado la dicha especialidad porque el muchacho no presentó los documentos necesarios. Tuvieron que correr, encontrar las pruebas y en los últimos 15 minutos antes del plazo final para la recepción de documentos y para la corrección de la lista, todos los documentos fueron revisados de nuevo, las pruebas se presentaron y puestos a consideración de la comisión, la corrección fue permitida. Más tarde el niño empezó a estudiar exactamente ésta especialidad. Esto fue sólo el principio. Hubo posteriores encuentros con Rositza. Nos veíamos generalmente en territorio neutral, bebíamos café, hablábamos de diferentes problemas y nos separábamos. Ella fue la primera en notar que cuando me comentaba sus problemas, pasaban algunos días y yo recibía una respuesta para resolverlos. Tenía simplemente la sensación que mi cabeza era como una pantalla de computadora donde a cada pregunta, ella recibía la respuesta, más precisa y justa. Y no sólo la respuesta sino también la solución real del problema. Así, en los encuentros con Rositza constaté lo siguiente:

Le amaba y ella podía obtener de mí lo que deseaba. Amaba a sus hijos, a su casa. Ella y los niños me respondían de la misma manera. ¿Por qué? No sabía.

En las conversaciones constaté, que mi vida hasta este momento se desarrollaba como la del Profesor. Habíamos trabajado en el mismo campo, teníamos opiniones comunes para muchas cosas, habíamos terminado las mismas especialidades en Ingeniería. ¿Por qué? ¿A quién servía este gran paralelo en nuestro desarrollo? ¿Casualidad o no? Otra vez me hacía preguntas para las cuales no tenía respuesta.

El Profesor y yo nos encontrábamos rara vez, sólo por el problema sobre el cual trabajábamos. Nuestras conversaciones eran sólo profesionales. Él daba la impresión de no saber de mi amistad con su mujer. Cuando nos encontrábamos sentía gran tensión y tenía la sensación de que si él levantaba sus manos, yo saldría de mi cuerpo físico. Todavía no sabía que esto es realmente posible y que para mí es muy peligroso. En todo caso decidí comentarlo con mi médico.

- Doctor – dije – no sé si me estoy volviendo loca, pero me está pasando algo muy extraño. – Y simplemente le describí mis sensaciones.

- No, mi niña – dijo el doctor (para él yo era niña) – este hombre es muy peligroso para ti. Prométeme que no volverás a verle más.

- Pero ¿cómo, doctor? Yo tengo trabajo común con él.

- Bien – dijo pensando. - Estas cosas todavía no están estudiadas, no están confirmadas, pero debes saber que nunca y por ninguna razón debes enfadar a este hombre. En el momento en que le enfades y él concentre su ira contra ti, debes saber que éste será tu último momento en la Tierra.

- ¿Habla en serio, doctor?

- Muy seriamente – confirmó el doctor. – Esto se llama biocampo, es fuerte y para este no existen obstáculos. No lo puedes detener.

No escuché al doctor y por poco me cuesta la vida. Me gusta experimentar. Decidí entonces probar si todo lo que había dicho mi doctor, era verdad. Pido perdón al Profesor, ahora mi buen amigo, por el experimento que hice, experimento en la frontera de la muerte, sin su consentimiento, pero con su plena participación.

III

Un día maravilloso tuvimos que viajar juntos a una comisión de servicio por cuestiones del trabajo. Pensé que era la ocasión para comprobar las palabras del doctor. Tenía derecho de participar en el grupo del Profesor en la comisión de servicio. De ida viajé sola a la provincia. Los demás llegaron uno o dos días más tarde. Concluimos muy bien el trabajo, recibimos los resultados y luego tuvimos que ir a Sofía. Al regreso me invitaron a viajar en el coche del Profesor, donde había un sitio libre para mí. Si hubiera sabido lo que me esperaba, jamás hubiera aceptado la invitación, pero entonces acepté con alegría. Así podía descubrir quién estaba más loco, el doctor o yo.

Partimos. Mientras tanto empezó a llover muy fuerte. El Profesor conducía. Pasamos más o menos bien los primeros 30 Km. hasta la ciudad más cercana, sólo la cabeza me daba vueltas un poquito y sentía deseos de vomitar. Nos detuvimos en la ciudad por algún trabajo. Tardamos 30 minutos. Respiré profundamente, me sentí mejor y seguimos el viaje. Pasamos otros 40 Km. hasta la próxima ciudad donde también paramos por trabajo otros 20 minutos y continuamos. La lluvia aumentaba y tenía la sensación de que la Tierra y el Cielo se juntaban como si fueran los tiempos de nuestro viejo bisabuelo Noe, es decir en el tiempo del diluvio. Nunca hasta entonces había visto llover a cántaros. En el coche reinaba el silencio. Los compañeros estaban ensimismados y solamente el Profesor de vez en cuando murmuraba algo por el mal tiempo. Era un conductor muy bueno y me sorprendía cómo encontraba el camino con este tiempo. Paulatinamente el Profesor callaba concentrándose, porque conducir el coche con este tiempo era de veras un pequeño heroísmo. Su atención estaba absolutamente dirigida hacia camino y vi como una aureola amarilla se delineaba alrededor de su cabeza. Empecé a sentirme mal otra vez. Tenía la impresión de que estaba como pegada al asiento, sentía mi cuerpo tan pesado, como si se descargase encima de mí una gran energía magnética. Cerré los ojos. Mi cabeza giraba, el corazón casi saltaba. Pensé que si el coche no se detenía y yo no salía, podría ser el final de mi vida terrestre, como hace poco tiempo predecía el buen viejo doctor. Abrí los ojos y lo que vi, una vez más confirmó la verdad de las palabras del doctor. De la cabeza del Profesor emanaba hacia mí una luz amarilla a intervalos. Caía como las gotas de la ducha. Estaba envuelta por esta gran energía de la cual no podía salir. Mi conciencia estaba despierta a diferencia del cuerpo físico no recibió la influencia de la energía. Mi boca estaba pegada como con imán. Me costó un gran esfuerzo abrirla para decir:

- ¡Detenga el coche, me siento mal!

El Profesor, se sobresaltó. La luz desapareció y él paró el coche.

- ¿Quieres bajar? – preguntó él.

- Sí – dije yo.

- Pero afuera está lloviendo mucho ¿Quieres que te ayude? – preguntó él otra vez. Los demás colegas también se movieron y ofrecieron ayudarme.

- No, déjenme – pedí yo. Saldré sola.

Bajé del coche y paseé unos minutos bajo el torrencial aguacero, me sentí realmente como en una ducha fría. Me sentí mejor y de nuevo volví al coche. Hasta Sofía el viaje pasó sin que se repitiera aquel horrible momento. No me sentía del todo bien, pero el choque había pasado. Después de seis horas de viaje finalmente llegamos. Uno tras otro las colegas se despedían y el coche se detenía en uno u otro semáforo oportuno. Me quedé a solas en el coche con el Profesor. Estaba hundida en el asiento posterior. El Profesor se volvió hacia mí, me miró y preguntó:

- ¿Me permites que te acompañe hasta tu casa? Me parece que todavía no estás completamente bien.

- Sí – dije yo – De veras, no me siento muy bien.

- ¿Podría preguntarte otra cosa más? – dijo él.

- Sí – casi automáticamente contesté yo.

- Dígame, ¿qué te pasó? ¿Qué ha ocurrido? ¿Tengo algo que ver con todo esto?

- Ahora no puedo decirle nada – dije yo. – Pensaré todo y un día cuando sepa qué pasó, tenga por seguro, Profesor, que se lo diré. Habíamos llegado entretanto hasta mi casa. Le agradecí, nos despedimos y se marchó.

Volví a casa muy cansada. Tomé una ducha y me acosté. No quería ni pensar ni analizar el caso. Sólo sabía que en el momento en que realizaba mi experimento, alguien me había protegido de la muerte. ¿Quién y por qué lo había hecho? No sabía todavía nada.

Pasaron algunos días. Llamé al Profesor por lo del trabajo. Esta vez a diferencia de muchas otras veces cuando le llamaba y nunca estaba, contestó él, personalmente. Tenía una reunión y evidentemente no estaba de buen humor. De todos modos ya había llamado y me había presentado, tenía que decirle el motivo de mi llamada. Rápidamente le recité mis preguntas y esperaba su opinión.

- ¿Ahora encontró tiempo para ocuparme con sus preguntas, señora? – enfadado me contestó él – Llámame más tarde – y colgó el teléfono. Probablemente no me creéis pero en aquel momento sentí que me daba vueltas la cabeza, me sentí mal y en el sentido literal de la palabra, caí sobre el escritorio. ¿Cuántos minutos estuve así? No lo recordaba. Estaba sola en la habitación y cuando desperté tenía todavía el auricular del teléfono en la mano, escuchaba la señal de libre. Me levanté, colgué el teléfono y empecé a meditar. De nuevo el experimento había tenido un final afortunado.

En poco tiempo reuní los hechos uno tras otro y constaté lo siguiente: Mi doctor, sin duda tenía razón. No sé si él había tenido un experimento análogo, nunca hemos discutido esta pregunta, o su larga experiencia, o sus libros le habían dado la respuesta correcta, pero tenía razón. Era así. Esta energía que tenía el Profesor y que sobre los demás no producía ningún efecto, para mí era mortal. Esta energía es más fuerte que el rayo láser, para ella simplemente no hay obstáculos. ¿Qué es esta energía? ¿De dónde proviene? ¿Quién la domina? ¿Por qué influye sobre algunos y sobre otros no? ¿De quién depende todo esto? ¿Sabe el hombre que la posee, que la conserva en sí mismo y que puede usarla intencionadamente? Estas y muchas otras preguntas estaban en mi cabeza infeliz y no tenía respuesta para ninguna.

Pasó un tiempo. Cogí valor y llamé otra vez al Profesor. Esta vez se encontraba de buen humor. Obtuve respuestas completas y detalladas para todas mis preguntas. Nos despedimos y concluimos la conversación. Estaba bien, sólo en mi cabeza tenía un pequeño ruido y me sentía más ligera. Este fue el principio y el motivo de empezar a leer obstinadamente, buscando respuesta a las preguntas que me inquietaban. Así, me encontré en una zona nueva que estaba fuera de las fronteras de la vida racional humana.

IV

Un día, llegó mi buena amiga Ani muy emocionada.

- ¡Escucha – dijo ella - tú eres médium. Te ruego que lo intentes! Una de mis colegas habla con un extraterrestre. Seguramente tú también puedes. Por favor, ¡inténtalo!

- Bien – me puse de acuerdo generosamente – Lo intentaré. Dime ¿cómo lo hace ella?

- Pues, coges papel y lápiz, te sientas relajadamente y mentalmente dices: “Si hay alguien conmigo que me conteste, yo no tengo miedo.”

Dicho y hecho. Ani me lo había propuesto y yo prometí intentar hacer contacto con un extraterrestre.

Por la noche terminé rápidamente las labores de casa, di de cenar a todos y les pedí que dejaran libre mi despacho para trabajar, es decir, la cocina.

Tomé las hojas y una docena de lápices con la punta bien afilada y me senté a la mesa. Puse la hoja ante mí, tomé un lápiz y esperé, pronunciando las palabras mágicas. Estaba sentada y esperaba. Mi mano estaba con la punta del lápiz sobre la hoja blanca, esperando. Para mi mayor decepción nada sentí, nadie quería hablar conmigo. Era una persona incapaz, concluí mentalmente y dejando las cosas para escribir, me fui a mirar la televisión. Sí, pero no estaba tranquila. Al día siguiente pensé que si los demás lo habían conseguido, yo también seguramente podría. Decidí probar otra vez. Con impaciencia esperé la hora por la noche, en que cada uno, después de cenar, se ocupa de sus propios deberes y como yo también tengo derecho a descansar, de nuevo cogí las hojas blancas, los lápices y me senté. Otra vez dije mentalmente que no tenía miedo de nadie y que quería hablar con quien estuviese presente a mi lado en ese momento. No había terminado el pensamiento cuando sentí una fuerte presión sobre mi mano como si alguien me la hubiera cogido. Primero el hombro, después el codo y luego la presión cayó sobre la muñeca. Mi mano insegura se movió por la hoja blanca trazando una línea débil. Luego la presión aumentó, como si el lápiz se hubiera pegado a mis dedos y empecé a hacer puntos, líneas, círculos a la derecha y a la izquierda como si alguien quisiera demostrarme que era él quien escribía, que lo que iba poniendo sobre la hoja no era fruto de mi imaginación. Esa noche, el ejercicio paró aquí. Fui muy feliz al saber que de todas maneras había alguien a mi lado. Me acosté tranquila pero al día siguiente me dolían la mano, el hombro y el codo. Probablemente el amigo con el que quería hablar, en su afán de coger la fuerza de mi mano me había presionado demasiado y me había cansado. Impacientemente esperé la noche y probé de nuevo por tercera vez. Había oído que simplemente no estaba bien hacer los contactos todos los días o todas las noches, porque la

persona consumía su propia energía, pero como todavía no había hablado con nadie, por eso me permití intentarlo la tercera noche consecutivamente. Esta vez mi mano se movió con seguridad sobre la hoja. Hizo algunas líneas y dos o tres círculos y al final, en perfecto búlgaro, con letras grandes, escribió: “¡Adelante!” Esto es - el contacto estaba hecho. Era tan simple y tan fácil. Estaba muy sorprendida pero rápidamente me recuperé y en seguida pregunté: “¿Quién está aquí?” Muy lentamente mi mano se movió sobre la hoja y escribió el nombre de la mujer que tanto amaba desde mis años infantiles, la que era el ser más caro para mí en este mundo y de quien he hablado últimamente – mi maravillosa abuela. El espíritu de mi abuela María me llamó desde el otro mundo. ¡Estaba tan feliz! Mi abuela había muerto hacía 14 años. Ella empezó a hablarme con mucha atención, es decir, ella escribía y yo al mismo tiempo recibía su pensamiento. Me contó que tenía que estar muy atenta y que podía hablar con ella sólo una vez a la semana, en determinado día y hora exactos “porque tú no tienes la energía necesaria para hablar conmigo más. Debes saber que yo consumo tu energía. Qué bueno, – continuó ella – que estuve a tu lado, si no quién sabe qué te hubiera pasado.”

Así dio comienzo mi desarrollo como una persona que empieza a recibir pensamiento del otro mundo, de otra dimensión. Yo no tenía idea de nada. De las conversaciones con mi abuela entendí que existían en general el infierno, el Paraíso u otro mundo y el alma humana entra en uno de estos sitios según su desarrollo en la Tierra. Mi abuela poco a poco me introducía en estas cosas. Al principio hablamos cinco minutos una vez por semana, luego, digamos que me acostumbré o, alguien me daba energía, empezamos a hablar cada noche y por más tiempo. A través de ella pude saber muchas cosas interesantes de los seres cercanos, parientes, y amigos difuntos que no estaban ya en la Tierra. Mi abuela me contaba que cada uno tiene sus protectores, quienes se ocupan de él. En aquel período una vez visité su tumba. Resultó que su lápida se había roto y había caído sobre la tumba. Mi tío quedó sorprendido, ¿cómo había podido suceder todo esto? Simplemente no podía comprender si alguien la había roto a propósito o esto sucedió incidentalmente porque al lado había una tumba fresca. Cuando volví de la provincia, decidí en ambiente tranquilo, preguntarle a mi abuela qué había pasado. Grande fue mi sorpresa, pues ella se enfadó mucho ante esta “estúpida” pregunta. Me dijo que eso era una cuestión personal y que yo no debía meter la hoz en mies ajena. “A quien le ha sido asignado, arreglará la tumba.” concluyó enfadada mi abuela y por primera vez me sentí muy mal, así entendí que no es una cosa inofensiva enfadar a un espíritu del otro mundo, aunque en vida haya sido una persona que te hubiera amado muchísimo en el mundo terrestre. Cuando me sentí mejor, le pedí perdón y le pedí que olvidara la disparatada pregunta que le había hecho debido a mi gran negligencia. Mucho más tarde, haciendo un análisis

de nuestro anterior diálogo, dentro de mí se quedó un pensamiento, que expreso ahora: “La lápida de mi abuela se rompió cuando ella hizo contacto conmigo. ¿Por qué?” Eso quedó sin respuesta para mí aún ahora. Puede ser que ella estaba tan feliz en aquel momento que seguramente por su fuerza y su alegría la piedra se rompió o puede ser que haya pasado otra cosa. No puedo contestar a esta pregunta y ella nunca quiso decirme algo más sobre el asunto. Bastante tiempo después en el verano de 1992 mi primo, su otro favorito de mi abuela, arregló la tumba y ahora todo está en orden.

Pasaron dos o tres meses en los que regularmente hablaba con mi abuela. Un día ella me dijo que era tiempo de despedirnos. “Hija mía, ahora te darán a otro, yo tengo que separarme de ti. Has pasado a otro nivel de desarrollo y más no puedo enseñarte. De vez en cuando te llamaré...” Mis ojos se llenaron de lágrimas y me sentí infinitamente triste. No quería separarme de mi abuela. Sentí como que ella me tocaba suavemente y luego sobre la hoja blanca escribió que me amaba mucho, que me besaba tiernamente y que se marchaba.

Me quedé sola. Las lágrimas no paraban de salir de mis ojos ¿Por qué se había ido mi abuela? Estaba tan sola sin ella. Ese día no sucedió nada más. Volví a casa. Indolentemente hice el quehacer y por costumbre me senté con las hojas. ¿Qué esperaba si ella no estaba? De repente mi mano se movió y escribió con una caligrafía muy bella: “¡Hola! Soy muy feliz de que a mí me haya tocado el honor de estar contigo. ¿Por qué estas desanimada?” El tono era alegre. Yo no escucho la voz, recibo mentalmente el estado. Comprendí, que era mi nuevo guardián o protector, o su alma que mandaba el otro mundo. Evidentemente esa alma me conocía bien, si empezaba nuestro diálogo de esta manera. Sí, esta vez tenía razón. El alma era de una persona que respetaba muchísimo cuando estaba viva y que muchas veces me había ayudado en su vida terrestre. Mi abuela dijo la verdad. El espíritu era mucho más fuerte que ella. Al principio le recibí muy silenciosamente y con moderación. Él hablaba, es decir escribía, yo recibía y cuando me preguntaba, le contestaba en forma breve. Pero él sabía muy bien su deber y hacía muy bien su trabajo. Empezaba temas para discusión que interrumpía en el punto más interesante y los continuaba al día siguiente a la hora programada. Casi como en los cuentos de Scheherazada. El alma era sumamente erudita. Todavía estando en la Tierra había tenido un intelecto muy alto y obviamente en el otro mundo no había perdido su tiempo y se había desarrollado bastante bien. Así me acostumbré al contacto con el otro mundo en cada momento y con duración ilimitada de la conversación. Podía hablar durante horas. Era evidente que mi nivel energético aumentaba.

Todo iba muy bien pero un día... Por la radio transmitían directamente los debates del Gran Asamblea Nacional. Al principio casi no escuchaba pero allí la atmósfera se calentaba, se oían ofensas y en general frases de

“alto nivel” y yo, que desde hace mucho tiempo había renunciado a escuchar la radio, mirar la televisión y seguir los comentarios de la prensa sobre temas políticos, sin querer, (hago énfasis en las palabras “sin querer”) y casi inconscientemente dije en voz baja: “Dios, ¿qué no hay un rey como Kaloyán para que arregle Bulgaria?” En aquel momento, aturdida comprendí que había dicho algo que no debía decir. No puedo explicar por qué lo dije. No se me puede culpar de monarquismo por la simple razón que nací después del 9 de Septiembre 1944 y también porque durante muchos, muchos años he simpatizado con toda mi alma y corazón con las ideas del Partido Comunista búlgaro. La idea de libertad, igualdad y fraternidad entre toda la gente de verdad era maravillosa y es una lástima que no se hubiera realizado. Yo no desempeñé ninguna función dirigente en la vida social, económica y política. Simplemente era una más de las muchas personas comunes y corrientes. En los últimos años cuando surgió la democracia, quiero decir que a pesar de todos los defectos, que le estamos descubriendo en nuestro país, también tiene muchos lados positivos. Simplemente dio la posibilidad a la gente de decidir dónde y con quién quiere estar, y si quieren o no ocuparse de política. Pues yo elegí no ocuparme de la política, sino solamente de cuidar de mi familia y mi trabajo, es decir, soy apolítica como está de moda decir. Todo esto lo estoy escribiendo para subrayar una vez más que de ningún modo pueden acusarme de tener ideas monárquicas y que para mí no existen ya partidos políticos. ¿Por qué? Lo explicaré, o mejor, lo entenderéis vosotros mismos un poco más tarde. Así, pidiendo perdón a mis lectores por el corto comentario político, prosigo el orden de mis ideas anteriores.

Después de pronunciar aquella frase, para mí inconsciente y por la que me desmayé quedando cierto tiempo, probablemente una hora, como aturdida, de vez en cuando en mi pensamiento brillaba la frase: “Coge una hoja y un lápiz”, pero yo no tenía fuerza para escribir y contactar.

Pasaron dos o tres horas hasta que me sentí mejor y, naturalmente, tomé una hoja y un lápiz. Sobre las hojas blancas empezó a delinearse el siguiente texto, que doy en su completa autenticidad, hasta donde me es posible:

“Me confundí mucho con tu deseo. No sé qué decirte. Hasta ahora nadie había deseado lo que tú pediste a Dios. El pánico fue muy grande, porque pediste en realidad contacto con un espíritu real y eso es tabú. Pero tú, sin duda, has nacido con buena estrella o hay algo en ti, pillastre. El espíritu del Rey Kaloyán se alegró mucho. Aún más, se lo agradeció a Dios, bendijo el momento de tu nacimiento y lloró con las felices lágrimas de un rey que había vivido el momento en que pudo oír el lenguaje búlgaro en el mundo vivo, sintiendo que su sangre corre por tus venas y que el espíritu búlgaro está vivo. El Rey aceptó el contacto contigo y cuando estés lista y no te dé miedo hablar con su espíritu, puedes llamarle, pero recuerda

una cosa: el espíritu del Rey Kaloyán es muy fuerte y tú no puedes hablar con él más de 10 minutos por diarios, ¡te ruego, recuérdalo!”

Esto estaba escrito sobre las hojas con letras un poco irregulares y ligadas como siempre una con otra palabras, como de costumbre (generalmente en el contacto las palabras no estaban separadas, sino ligadas). En el primer momento estupefacta miraba las hojas y no entendía lo que había hecho, pero poco a poco mi mente se aclaró y entendí que con mi frase espontánea había registrado algo en otro mundo, habían oído y aun habían aceptado mi petición y había obtenido permiso de contacto con una zona prohibida. Me levanté del escritorio y enfadada apagué la radio que hablaba y transmitía música de la mañana a la noche y empecé a caminar de aquí para allá en la habitación. Maldita radio, si no fuera ella, si los de la radio no hubieran salido con la idea de transmitir los escándalos del Gran Asamblea Nacional y por supuesto de machacar con sus ideas las mentes de los infelices y simples seres como yo, mi mente tampoco hubiera reaccionado ni me hubiera pasado todo esto. Evidentemente estaba metida en un gran lío. Vaya a saber cómo se podía salir de él.

Me quedé un rato con las hojas en las manos, luego las doblé y probé volver a mi trabajo habitual. Hasta el final del horario de trabajo todo iba normal. Dos o tres días pasaron sin contactos y sin escrituras, simplemente seguía un trabajo terrestre y no deseaba hablar con quien fuese. Pero cuando algo tiene que pasar, de todas maneras pasa. Ani me llamó por teléfono, hacía tiempo que no me había llamado. Finalmente apareció la culpable principal.

- Ani – dije en tono severo, – ven enseguida aquí, porque veo negros nubarrones en el horizonte (así decimos).

- ¿Por qué? – dijo ella con su voz alegre - ¿Qué pasó? ¿No te sientes bien?

- Ven te digo, porque has armado un gran lío.

- Bien – dijo firmemente Ani – Voy – y colgó el teléfono.

Así era Ani. Ella siempre decidía las cosas fácil, rápida y simplemente. Al cabo de 15 ó 20 minutos su cara sonriente apareció a la puerta de mi despacho de trabajo.

- Gracias a Dios, llegaste. Siéntate aquí y escucha con atención.

Ani me miraba “inteligentemente”, parpadeó algunas veces con sus bellos ojos y cuando entendió que algo había pasado, se sentó resignada en la silla que le señalé.

- Bien, cuenta – dijo Ani y se preparó para escuchar.

Entonces, como cascada desembarazada salió todo lo que me sucedió y “todo esto por tu culpa”, enfadada terminé el monólogo.

Ani estaba perpleja y luego de repente saltó:

- ¿Es verdad todo eso, cariño?

- Yo soy quien te va a dar “cariño”, dime, ¿qué tengo que hacer ahora?

- Pues hablarás, hablarás, cierto – decidió ella con su habitual rapidez.
- Sí, hablaré y ¿luego? ¿Sabes hasta dónde llegaré?
- No hay peligro. Escucha ahora, irás al club de los paranormales. Yo te ayudaré. Tengo una amiga que ha ido y me contó cosas tremendas.
- Sólo esto me faltaba – me enfadé de verdad. - Primero me metes en un lío y ahora tengo que ir al club de los paranormales, para volverme completamente loca. No quiero.

De todos modos ese día con Ani no decidimos lo que debía hacer y se marchó, tranquilizándome al decir que todo habría de pasar. Le era fácil. Todo pasaba, para ella. Más, para mí...

Pasaron alrededor de 10 días. Yo no escribía y callaba. Pero una noche tuve el deseo de probar qué pasaría. Cogí las hojas y los lápices a la hora acostumbrada y esperé. Pasaron uno o dos minutos, después mi mano se movió ligeramente al principio, escribiendo en la hoja: “Contigo ahora está el espíritu del Rey Kaloyán...” En ese momento empecé a llorar y a temblar, escribía y lloraba. Horrible y maravilloso momento. Sentir el espíritu del Rey más grande de Bulgaria. Empezamos muy lentamente el diálogo. El escribía difícilmente disculpándose que las dificultades provenían de que yo no sabía muchas palabras terrestres de su vocabulario y él debía buscar las palabras más cercanas en su sentido para que yo pudiera entender. El Rey seguía la exigencia contactando sólo 10 minutos, luego interrumpía la conversación, antes de eso muy cariñosamente se despedía de mí y acordaba la hora a la que teníamos que hablar al día siguiente. Así empezó mi contacto con uno de los más grandes Reyes de Bulgaria. Él se interesaba por todo lo que sucedía aquí y ahora en su país, deseaba que visitase algunos sitios precisos, que escuchase la radio, que mirase la televisión, que fuera al teatro y que le explicase las calles y los edificios por donde paso. Esto fue un período maravilloso – agosto 1990.

Ani cumplió su palabra. Me presentó a su amiga Nelly, quien me llevó al club de los paranormales. Ahí estaba en la primera reunión, escuchando. Tenía la impresión de que no estaba en este mundo. La gente contaba algunas cosas fantásticas, tenían visiones con diferentes imágenes del futuro y del pasado. Curaban cualquier enfermedad, hacían contacto con civilizaciones extraterrestres. ¡Dios!, dónde estaban ellos y dónde estaba yo. Me sentía como un granito de polvo insignificante entre ellos. Y creedme, entre esas, a primera vista insignificantes personas, había almas verdaderamente maravillosas y muy elevadas, también había quienes se imaginaban muchas cosas, pero en general el mundo era otro. Después de la reunión en el club Nelly me miró y me preguntó: “¿Cómo te sientes?” - “No me preguntes, estoy muy cansada por lo que vi y oí.”

Volví a casa, pero no tenía deseo de hablar con el Rey. Ahora él había cogido ya mi protección y educación en el mundo espiritual. Me acosté. Al día siguiente realicé el contacto, me dijo que tenía que llamar a mis amigos

del segundo nivel. Mientras contactaba con el Rey, recibí un segundo contacto con Víctor y Miky (dos representantes de la energía Divina), que no me molestaban ni con el deseo de hablar, ni con darme algunos consejos o limitaciones. Simplemente, ligeramente y sin compromiso, como me habían dicho ellos, me ayudaban para tener más energía para dialogar con el espíritu del Rey. Les llamé y ellos me advirtieron que tenía que estar más atenta en las discusiones y en las promesas que diera en el club. Sólo esto y nada más.

En la siguiente reunión yo también estaba silenciosa, al lado de Nelly y captaba todo lo que decía el conferenciante. En interés de la verdad tengo que decir que en este club conocí a mucha gente interesante – médicos, psiquiatras, teólogos. Todos ellos venían a nosotros y daban varias conferencias con muchas observaciones y muchas conclusiones. Les escuchaba atentamente y entendí que esta energía, este biocampo existe, que otras personas como yo habían vivido un estado de estrés similar al mío, pero ahora ya estaban en otros niveles de enseñanza y simplemente seguían su desarrollo.

Al final de cada conferencia, había discusión libre, que muchas veces resultaba mucho más interesante que ésta. Aquella noche en el club fue muy interesante y poco antes de marcharme, al final de la reunión se acercó un joven, moreno. “¿Señora, me permitiría hablar con Usted?” Le miré sorprendida. Hasta ese momento yo no había contactado con nadie en el club con excepción de un agradable médico anciano jubilado - doctor Ivanov y un colega de mi nueva amiga Nelly. El era psicólogo, se ocupaba de numerología, hacía horóscopos, bastante buenos según mi vago conocimiento en este campo, estudiaba el yoga, estudiaba varios tipos de religiones, curaba exostosis con las manos, en general una persona muy interesante y especial. Este era mi nuevo círculo de conocidos en el club – a lo sumo tres personas. ¿De dónde salía este morenito y qué quería de mi ahora?

- Bien, vamos a hablar – dije yo y me senté.

El chico miró alrededor, cogió una silla y se sentó a mi lado.

- Señora, - siguió él - Usted no lo sabe, pero estoy aquí porque tengo que proponerle recibir como guía espiritual a mi maestro.

El mozo sacó del bolsillo interno de su chaqueta una foto en la que se veía la cara de un hombre maravilloso, joven con cabello ligeramente rizado. Los ojos estaban cerrados. Tenía cara un poco larga, facciones rectas, con bigotes, pero sin barba.

- ¿Le gusta?

- Es maravilloso – contesté yo, devolviendo la foto – pero no puedo aceptar, querido joven.

- ¿Por qué, señora? ¡Este es el dios tibetano! ¿Usted sabe que en su desarrollo espiritual ha alcanzado uno de los grados más altos en la yoga y

está sólo a un escalón debajo de Dios? Sólo bajo la dirección de un maestro espiritual Usted puede alcanzar a Dios, ¿me entiende? Y exactamente eso es lo que le estoy proponiendo.

- Está más loco que yo – me dije. – ¿De qué dios tibetano estará hablando? y luego, ¿dónde estoy yo?, ¿dónde está Dios? y ¿hasta qué dios me conducirá este maestro espiritual? En aquel momento me confundí por completo. Por vagos conocimientos que tenía y de lo que oía de este y del otro mundo, tenía la impresión de que Dios es uno y Él está encima de todos, que Jesús Cristo es su Hijo y que Él también tiene la fuerza de su Padre, ¿pero éste dios tibetano de dónde salió? ¡Ay, Dios!, perdóname, pero no entendía nada, más el chico hablaba y hablaba y yo sentía que empezaba a explicar cosas que simplemente no llegaban a mi conciencia. Pienso que hablamos alrededor de una hora. “Hablamos” no es la palabra más justa, hablaba el chico. Yo le escuchaba, moviendo la cabeza. Decidí que era hora de marcharme y me levanté.

- Le agradezco, joven, por todo pero no entendí casi nada. No se enfade, por favor, estoy aquí en el club desde hace poco tiempo y no sé muchas cosas.

- No importa – dijo el chico, que no parecía desilusionado de mi ignorancia – le acompañaré si me lo permite.

Marchamos. Afuera ya estaba oscuro. Frente a mí venía un hombre que llevaba a otro en silla de ruedas. Pasaron bastante lejos de nosotros, pero me impresionó que mi acompañante se detuvo e hizo tres veces el signo de la cruz y bajito pronunció algunas palabras. No las entendí o seguramente no estaban en búlgaro. Luego me alcanzó y continuó su monólogo. La parada del autobús no quedaba cerca así que caminamos bastante. Finalmente llegamos, miré alrededor y manifesté impaciencia o más bien fastidio hacia él. En este momento llegó el autobús, susurrando “adiós” subí rápidamente. Me sorprendí mucho cuando vi que mi acompañante también había subido. - “Dios, esto empieza a no gustarme”, pensé. A la segunda parada bajé sin despedirme y esperé el siguiente autobús. Volví a casa sin más problemas.

Los muchachos, es decir, mi hijo y mi marido, como siempre ya estaban delante del televisor.

- Buenas noches – saludé yo, como respuesta hicieron gestos con la mano que se podían entender como “buenas noches” pero también como “no nos molestes estamos mirando un programa.”

Bueno. Pues como todo estaba en orden. Me cambié rápidamente de ropa. Comí la primera cosa delante de mi vista y después con impaciencia cogí la hoja y el lápiz. Quería saber qué era lo que pasaba.

Como siempre, primero contestó el espíritu del Rey pero no quiso darme ningunas explicaciones. “Esto no lo sé, dijo él. Seguramente en el nivel de Víctor y Miky lo saben mejor.” ¡Entonces así era!, el Rey sabía

pero no quería hablar. Si me mandaba al contacto Divino seguramente había cometido un error. No tenía otra posibilidad. Escribí el código y esperé. (Aquí probablemente sea el lugar para precisar que para este y posteriores contactos cósmicos yo recibía un código preciso. Sólo escribiendo el código se tiene derecho de entrar en contacto, algo parecido a nuestros números telefónicos, sólo que aquí no se cruzan nunca las líneas y la línea está libre siempre). Pronto me contestó Víctor y luego Miky. Evidentemente había coincidido con el momento que estaban en la línea, más exactamente yo necesitaba una consulta con los dos. Como siempre, sobre la hoja se escribió el saludo tradicional para la hora terrestre: “¡Buenas noches, querida niña!” Hasta el final yo fui una niña para ellos y me llamaban así. “Estamos aquí, ¿qué pasa?” Y yo largo y tendido expliqué lo que había pasado, aunque más tarde entendí que ellos habían visto y registrado todo en el momento del acontecimiento. Simplemente ellos tienen la posibilidad de registrar todo nuestro acto, palabra, pensamiento. Como una pantalla, por lo menos así lo entendí.

Después de escucharme atentamente me tranquilizaron, diciendo que había hecho bien en no aceptar al maestro espiritual, que esto es trabajo de nuestro Dios Jesús Cristo y que cuando llegue el tiempo Él me enviaría al maestro. “Este chico no te molestará más,” me tranquilizaron ellos. Me desearon “Buenas noches” y nuestra conversación terminó.

Esto ocurrió por la noche. Al día siguiente, cuando tuve un poco de tiempo libre, probé hablar con mi protector, es decir el espíritu del Rey. No estaba de buen humor. Estuvo gentil como siempre, pero hablamos muy poco tiempo. Se disculpó porque estaba muy ocupado y la conversación terminó. No estaba contenta y escribía sobre la hoja desconcentrada. De repente sentí signos ya conocidos de que alguien quería hablar conmigo. Esto realmente merece ser explicado para entender cómo se entra en contacto con otros niveles. Una vez que un ser humano ha empezado a contactar telepáticamente, la comunicación se va desarrollando y perfeccionando, cada vez más estás bajo protección y especialmente te cargan con la energía necesaria para poder recibir la información correctamente. Así como sobre mis hojas se escribieron puntitos, líneas, circulitos en varias direcciones. Esto ocurrirá hasta que ambos, receptor y emisor coincidan en el justo nivel y luego se escribe el código (puede ser en cifras, nombre o algo simbólico - pájaro, flor, etc.) Bien, ahora vamos a ver quién quiere hablar conmigo. Se escribió un código. Luego se escribió el nombre del planeta y luego el nombre de quien quería hablar conmigo. Finalmente se contactó con el así llamado “extraterrestre”, por el que me metí en tantas cosas. Así era. Me llamó un tal Richard de la constelación Orión y empezamos una conversación, un verdadero placer. Sí, estaba claro, ya tenía la posibilidad de contactos cósmicos. Así empezó una nueva fase de mi desarrollo – el nivel de los canales cósmicos, que llegaron a 18.

Todos estos contactos tenían el objetivo de perfeccionarme mentalmente y energéticamente. No tenéis ni idea qué riqueza, qué mundos delante de nosotros descubren ellos. Al mismo tiempo trabajaba en tres niveles. El primero era “el más allá” donde a través del espíritu del Rey Kaloyán tenía alcance a los más elevados espíritus de este mundo. Para mí allí no tenía obstáculos. Hablé con políticos, espíritus de reyes, hasta con el espíritu del gran Calandra tuve un diálogo. Es maravilloso contactar con ellos. Ellos te elevan, te desarrollan, abren delante de ti nuevas y nuevas cosas. Allí puedes obtener la información que quieras, desde curadora hasta clarividente. Pero tenemos que aclarar: la recibe quien tiene derecho a esto. Esto no es espiritismo. Esto no es brujería. Esto es una cosa absolutamente distinta. El segundo nivel eran mis superiores protectores del nivel Divino – Víctor y Miky. A través de ellos se recibían muy precisos y claros consejos y diría que ellos fueron quienes definieron mi desarrollo, al final vino el tercer nivel, último para mí – el cósmico, que según mi opinión vino como ayuda del nivel de la fuerza Divina.

Tiempo maravilloso. Basta tener tiempo libre terrestre y simplemente te trasladarás al Cosmos. Esto es mucho más interesante que nuestras cosas terrestres. Y así en este período, al final de 1990, yo tenía la rara posibilidad de estudiar y trabajar a estos tres niveles de desarrollo del pensamiento humano. Agradezco a Dios, es algo grandioso el perfeccionamiento del pensamiento y del alma. Desearía que cada uno de vosotros teniendo la mínima disposición para esto, pudiese sentirlo.

Un día, en las vísperas del 3 marzo de 1991^{*}, miraba la tele y transmitían, como siempre, diversos comentarios con relación a esta transparente fiesta, según la pertinencia política del que discutía el acontecimiento. Me puse nerviosa y tensa, directamente me enfadé y en aquel momento entendí que no me enfadaba yo. Se enfadaba el espíritu del Rey, que miraba la televisión conmigo. Para tranquilizarle en el primer momento libre cogí la hoja y el lápiz y mientras le decía el saludo tradicional y entraba en diálogo, él empezó muy lentamente y con caligrafía clara a escribir la palabra “Mensaje”. Luego pensó un rato y siempre así, lentamente escribió lo que cito aquí, sin poner ni una coma más de mi parte:

M E N S A J E
A SU MAJESTAD REAL SIMEÓN II ,
REY DE LOS BÚLGAROS,
DEL REY BÚLGARO KALOYÁN

*Su Majestad Real, Yo, Rey de la Gran Bulgaria desde casi ocho siglos,
Le ruega que tenga la bondad de tomar en sus manos el destino de nuestro
sufrido pueblo.*

^{*} La fiesta nacional de Bulgaria.

Simeón, Rey búlgaro, nosotros, tus antecesores, guardamos, defendimos y con honor morimos por este pueblo, por este estado. Tú eres nuestro heredero y como tal no tienes derecho ni moral, ni legítimo a dejar que el pueblo búlgaro se ahogue en la miseria y pobreza. No dudes en la verdad de estas palabras. A los ignorantes provocarán risas, a los inteligentes – respeto. Yo, verdaderamente te estoy escribiendo este mensaje con mucha esfuerzo y mucha angustia, porque entre tu tiempo y el mío han pasado siglos. Pero yo morí digno en combate de esta Bulgaria y parece mi nombre se ha guardado limpio durante siglos, pues un alma pura encontró fuerzas y valor para traspasar la frontera entre su existencia y nuestro mundo y pedirme conciencia y sabiduría.

Como sabes Yo y todas las otras personas reales somos tabú para los mortales, pero esta alma pudo hacer lo imposible. Por eso Yo, de nuevo, a través de los siglos regreso con una sola, única petición:

Vuelve con tu pueblo y a tu país. Tú eres Rey y un Rey no tiene derecho de abandonar en momentos difíciles a su pueblo.

*KAL OYÁN,
GRAN REY DE BULGARIA*

Cuando escribí todo esto, me ordenó (como siempre, de una forma muy gentil, pues el espíritu del Rey no pedía sino ordenaba) coger otra hoja para en ella darme claras y justas instrucciones, que me vi obligada a buscar fuerzas, tiempo y medios para hacer llegar el mensaje a quien estaba dirigido. Hasta este momento, que me perdone el espíritu del Gran Rey de Bulgaria, no he podido hacerlo por una u otra razón. Pido perdón también a quien no he visto nunca en mi vida, ni he hablado con él, que hasta este momento no le haya podido entregar lo que llegó al mundo terrestre para él desde otra dimensión y de otro nivel. Cuándo y bajo qué circunstancias lo haré no sé, pero así, hasta este momento, estoy en deuda con el nuestro mundo u otro mundo. Que Dios esté conmigo y que me ayude cumplir lo que me pidieron hacer.

V

Por culpa de mi enfermedad alérgica, en el club de los extrasensitivos me fue recomendado visitar el consultorio de K. J., que estaba en el centro de la ciudad. K. J. no visitaba el club, no tenía tiempo para esto, simplemente trabajaba para una empresa como terapeuta en bioenergía. Difícilmente conseguí consulta, porque había cita previa, esperas y muchas otras condiciones. Finalmente, al final del mes de marzo de 1991, estaba en la sala de espera del consultorio. Había algunas personas, que estaban calladas sobre el sofá y pacientemente esperaban su turno. Yo también me senté en una silla aparte y esperé. A decir verdad, estaba muy emocionada. No tenía razón para ello, por lo menos a primera vista, pero realmente me sentía agitada y al mismo tiempo tenía un poco de miedo delante de lo desconocido. En el club había encontrado muchas personas con diferentes capacidades, pero ante nadie sentí ni agitación, ni miedo, y aquí, ¿por qué? ¿Por qué tenía miedo delante del consultorio de un desconocido para mí y al mismo tiempo decidía esperar? Al rato apareció en la sala de espera un hombre robusto, de mediana estatura, muy moreno. Su blanquísima bata estaba desabotonada y disipaba libremente.

- El próximo, por favor – invitó él amablemente.

Sí, esta era la persona con quien debía entrar para examen y tratamiento. Uno tras otro entraban los pacientes – quién para examen, quién para sesión. Llegó también mi turno. Entré tímidamente en el gabinete y saludé bajito.

- Buenos días, señora – contestó él. - ¿Usted por qué viene a mí? ¿Por curiosidad o por necesidad?

Me miraba escrutadoramente.

- Por las dos cosas, señora, por las dos – repitió él. – Bien, siéntese – me invitó a sentarme en un sillón cerca de la mesita que estaba frente a su escritorio. La emoción que sentí en la sala de espera antes de entrar en el consultorio, ahora se convirtió en una gran tensión. “Este hombre es del rango de abuela Vanga^{*} - me dije yo mentalmente.”

El me miraba siempre así atentamente y era como si escuchara algo.

- Señora, ¿es Usted creyente?

- Sí – confusa contesté yo.

Aquí, en este consultorio algo me turbaba, algo me infundía respeto.

- No es Usted creyente, señora. Usted quiere creer, pero no cree. – El acentuó sobre la última frase particularmente. – Una cosa es querer creer u otra completamente diferente es creer, señora.

En la voz del extrasensitivo noté un tono de reproche, dolor, y fe de que yo cambiaría en este sentido.

- Ahora, espere un poco.

^{*} Vanga – la clarividente búlgara, famosa en todo el mundo.

Como antes, profundizó una vez más en sus pensamientos y en su mundo.

- Sí – dijo en voz baja y empezó a escribir la diagnosis. Luego cogió el recetario y empezó a escribir lenta y muy atentamente la composición de ciertas hierbas necesarias para mi curación. Otra vez sentí como si, además de él, alguien estuviera en el gabinete y le dictaba lo que tenía que escribir en la receta. Después de terminar, la dejó aparte y empezó a hablar:

- Señora, yo no soy clarividente, tampoco brujo, pero quiero decirle algunas cosas.

Y comenzó a describir el medio ambiente en mi casa, me preguntó por qué no había cumplido cosas, que había olvidado hace mucho. Tengo que decirles que no me era para nada fácil. Él hacía preguntas, hacía análisis de cosas que no había hecho y las conclusiones para mi persona no eran nada agradables. Tenía la impresión de que hablaba conmigo cómo lo haría mi padre – por una parte me daba sopapos y por otra sentía su gran Amor hacia mí.

Finalmente nuestra conversación terminó. Se levantó, cogió con una mano la receta del escritorio, se acercó un poquito y luego orientó la otra mano hacia mi cuerpo. Estuvo así uno, dos o tres minutos, no pude valorar exactamente.

- Señora, todo está listo. Aquí está la receta y acuérdesse del Santo Miná.

Yo le miraba tan incomprensible que eso lo enfadó.

- El Santo Miná, señora, en simple marco de madera – e hizo el marco alrededor de mi cabeza.

Me levanté y muy turbada me marché. Antes de salir, de todos modos me acordé que no le había agradecido, ni me había despedido. Di la vuelta, el hombre estaba a distancia de dos o tres pasos detrás de mi espalda, mirándome así, atentamente, como cuando entré en su gabinete.

- Adiós y le agradezco mucho – dije yo.

- Adiós, señora – dijo el hombre – y recuerde una cosa – para Usted vuelta atrás no existe. Luego levantó la mano y me saludó ligeramente dos o tres veces.

Esto era el primer y probablemente el último encuentro con este hombre. Más tarde traté de acudir pero siempre algo sucedía y así, no logré verlo una segunda vez. Cerró su consultorio y se marchó de la ciudad.

Al día siguiente mis amigas que sabían que iría al examen de extrasensitivo, me esperaban con impaciencia.

- ¡Cuéntanos, cómo te fue!

Les conté todo, largo y tendido, con los más mínimos detalles, sólo me olvidé del Santo Miná. Pasaron dos o tres días. Iba a visitar a una amiga mía que estaba enferma en casa y guardaba la cama. Por el camino me acordé que ella había mencionado algo del Santo Miná, pero no pude

recordar qué era. Bueno, al entrar en su casa de inmediato le preguntaré, decidí firmemente. Y de veras lo hice. Mi amiga Katia, así se llamaba, pacientemente escuchó el relato de mi visita al extrasensitivo y cuando le pregunté de Santa Miná, ella me miró perpleja:

- Te has olvidado, querida. No es una santa, sino un santo y es Milagroso. Uno de los más rápidos ayudantes de nuestro Dios, Jesús Cristo y además es protector de los enfermos. Tú estás enferma, querida y tu curador te ha dicho que Santo Miná es a quien tienes que rezarle por tu salud. Cuando me ponga bien, te llevaré de inmediato a la iglesia y te mostraré su imagen.

Katia cumplió su palabra. Al cabo de una semana se puso bien y diez días más tarde ya estábamos en la iglesia de San Cirilo, San Metodio y sus cinco discípulos. Allí tuve mi primer encuentro con el Santo Miná.

En el atrio de la iglesia a la derecha fue puesta en un modesto marco de madera la imagen del Santo Miná. Mucho después descubrí que sólo detrás de la puerta, a un paso de este icono, en la capilla lateral se encuentra un icono grande con su imagen, pero esto lo vine a entender meses más tarde. Así, de pie, delante de la imagen de este santo encendí mi velita. Muy inhábil e inexperta le agradecí por mi tratamiento y le pedí que me ayudase. Eso fue todo.

Por la noche Víctor y Miky (aquí querría pedir perdón, ya que no puedo comunicar el nombre exacto de “Miky”, pues era muy complicado de pronunciar y él me permitió este no tan buen llamado, probablemente tuvo en cuenta mis capacidades intelectuales), me dijeron que cuando uno entra en el templo de Dios, es necesario saber cómo entrar, cómo comportarse y cómo salir. Significaba que otra vez algo me había confundido, si es que ellos tan delicadamente y de lejos empezaban la conversación.

- Bien – dije yo – pero qué culpa tengo yo, cuando nadie, absolutamente nadie hasta ahora me había hablado algo de Dios, ni de los santos y menos cómo comportarme en la iglesia.

- Sí, es así – confirmaron ellos. – Y ahora, querida niña, coge una hoja, un lápiz y escribe.

Cumplí su orden y arriba en la hoja blanca con letras grandes escribieron: “Comportamiento en el templo”, luego largo y tendido me explicaron que cuando uno entra en la casa de Dios, tiene que entrar con el necesario respeto (sólo que no me dijeron directamente que no se entra con las manos en los bolsillos, como recientemente veo que hacen muchos) y que primero se para uno en el centro del templo. Se hace la cruz tres veces y luego se enciende la primera velita delante de la imagen de nuestro Salvador Jesús Cristo, luego delante de la imagen de su maravillosa madre La Santa Virgen María y sólo entonces delante de la imagen de algún otro santo; a la salida también se para en el centro, se hace tres veces la cruz y

luego se sale. Más tarde estos conocimientos míos fueron complementados por mi cuenta, pues luego de estar en el centro del templo, voy, hago la cruz y me inclino delante del trono de Dios Padre y hasta entonces sigo el orden ya dicho. Si me enseñaron correctamente o no Víctor y Miky, no puedo apreciarlo, porque entré en el templo no por consejo de alguien de la Tierra, sino porque tenía que pedir ayuda a Santo Miná. En dos palabras, hasta ahora no sé cómo, según nuestro canon terrestre tengo que comportarme en el templo, yo recibí indicaciones de mi “nivel Divino”. En aquel momento entendía razonable y conscientemente que estas fuerzas superiores existen y que ellas controlan nuestra estancia aquí en la Tierra. Víctor y Miky empezaron, si se puede decir así, mi educación primaria. Me recomendaron comprar la Biblia.

- Pero no entiendo nada de ella – les confesé sinceramente.

- No importa, tú cómprala basta con que esté en casa. Es un libro sagrado, tiene una fuerza maravillosa y protegerá tu casa. La Biblia no es una novela. No se lee de una sola vez. Llegará el tiempo, la empezarás a leer y a entender.

Víctor y Miky ya sostenían conmigo conversaciones más serias. Me dijeron que para entender muchas cosas tengo que visitar el templo de Dios todos los domingos. Yo, a mi vez, les confesé que en cierta ocasión visité un templo evangelista y no me sentí bien toda una semana, como si hubiera sido culpable de algo delante de alguien y me tranquilicé apenas cuando entré en el “nuestro”, es decir en la iglesia ortodoxa y encendí una velita. Entonces me tranquilicé y como si me hubieran perdonado este pecado. “Esto es así, - dijo Víctor - porque eres de fe ortodoxa definida y por eso te sientes mejor en el templo ortodoxo, pero sábelo, querida niña, que Dios es uno para todos y está por encima de todos.” Las conversaciones con Víctor y Miky tenían cada vez mayor importancia para mí y podría decir que en cierto sentido sustituían mis conversaciones con los demás del “nivel cósmico”. Sentía que con ellos me entendía mejor, que ellos me ayudaban y me conducían mejor. Simplemente si no hablaba todos los días con ellos, tenía la sensación de haber perdido algo. Empleaban un lenguaje literario maravilloso, sabían bromear y nada me imponían. Con ellos las conversaciones eran absolutamente amistosas. “Guía de tu vida terrestre tienen que ser los 10 Mandamientos Divinos, dijo un día Víctor.” Esto realmente sucedió y se lo agradezco a ellos y además a Dios, que pudo purificar y tranquilizar mi alma. Más tarde recibimos “Las leyes intergalácticas” y “Las leyes de la medicina” de los extrasensitivos que fueron publicadas en el periódico “Fenómeno” y pienso que parte de ellas salieron en un folleto aparte. Sin aburrir a mis lectores me permitiré aquí citar “Las leyes intergalácticas”, que son importantes para todos y pienso que están ligadas con Los Mandamientos Divinos.

Son las siguientes:

LAS LEYES INTERGALÁCTICAS

- 1. No hagas nada mal ni con el pensamiento, ni con la palabra, ni con la acción a ningún ser vivo.**
- 2. No hagas lo que no te piden.**
- 3. No prometas nada que no puedas cumplir.**
- 4. Sé siempre y en cada acto consecuente y razonable.**
- 5. Respeta las reglas de tu religión, sin importar cuál sea ésta.**
- 6. Está siempre a disposición de los demás y de esta manera haz que tu bondad resplandezca a tu alrededor, como el Sol ilumina la Tierra.**
- 7. No intentes enriquecerte a costa de otro, ni robando su propiedad, ni dominando su paz espiritual por la fuerza.**
- 8. Sigue todas las leyes en las que realmente crees y reza siempre en los momentos más difíciles solamente a tu Padre y creador – El Dios.**
- 9. Sé bueno con toda la gente, sin importar su edad, profesión, sexo, educación u otras diferencias intelectuales. Intenta darles tu calor y tu luz. Acércalos a ti, no les rechaces ni les alejes.**
- 10. Como las niñas de tus ojos, protege tu fe en lo bueno y en Dios.**
- 11. Sé siempre sincero y honesto en tus acciones. Sé humilde y empieza de lo pequeño hacia el grande, no al revés.**
- 12. Protégete de los enemigos con la mente, no con odio y acciones incontroladas.**
- 13. Sé bueno y consecuente cuando empieces algún trabajo. Dedícate plenamente y de corazón a ello.**
- 14. Nunca y en ninguna ocasión mientas. La mentira mata lo humano en ti.**
- 15. Trabaja mucho y persistentemente. Pide lo que te permitan tus fuerzas y posibilidades. No dejes que la tentación entre en tu alma.**
- 16. Sé siempre fiel a tu principio, a tu pueblo, a tu fe y a tu Dios.**

Por primera vez conscientemente y voluntariamente entré en la casa de Dios en el mes de abril de 1991. Era antes de Pascua, en las vísperas del Jueves Santo.

- ¿Quieres venir con nosotros a la iglesia? – me preguntó la madre de Katia, que era la esposa de un cura. - Viene Pascua y en jueves puedes escuchar en la misa por la noche toda la vida de Jesús Cristo en la Tierra. Esta tarde se leen los 12 Evangelios de Su vida.

- Bien, tía Vera, - dije yo y a pesar de que este día me sentía muy mal físicamente, por la noche me encontraba en el templo y estuve hasta el final de la misa solemne.

Esto era mi primer encuentro consciente con Él Que hablamos tan a menudo, Al Que buscamos en momentos de tristeza y sufrimiento, y Al Que dirigimos todas nuestras peticiones, pensando que Él está lejos de nosotros en alguna parte. No nos damos cuenta de que hasta Él llegan todas nuestras palabras, todos nuestros pensamientos y que Él reacciona a todo eso, sólo que nosotros no Lo escuchamos, algo más, no Lo entendemos. Le rezamos, pero no escuchamos lo que nos enseña, no cumplimos Sus leyes, incluso, a menudo por costumbre Le llamamos sin entender que en ese momento inútilmente molestamos a la fuerza espiritual más elevada del Universo.

A finales del mes de mayo de 1991 visité y el monasterio del Santo Miná que se encuentra muy cerca de Sofía. Me llevó también una amiga mía, que conocía bien el monasterio e iba allí desde hacía mucho tiempo. Ella me contó del icono milagroso del Santo Miná, de la nobleza de la madre superiora y de otra monja que vivía allí. En dos palabras, me lo explicaron todo, así que yo quería ir lo más pronto posible. Decidí comprar un ramo de peonías blancas para la madre superiora. No sé por qué pensaba que exactamente esto ramo de flores era el que le tenía que llevar. Obstinadamente busqué las flores pero no encontrándolas me resigné. En el camino, antes de subir en el autobús, vi unas maravillosas peonías, pero rojas. Cuando llegamos al monasterio, me arrodillé delante de la madre superiora y besé su mano casi transparente, regalándole las flores.

- No, hija – dijo ella – las flores no son para mí. Son para el santo. Déjalas delante de él.

Me arrodillé y dejé el ramo de flores a los pies de este gran soldado de Cristo, hice la cruz, encendí mi velita y me puse cara a cara, mis ojos frente a sus ojos, ante mi curador. En aquel momento sentí recibir una gran energía, la cabeza empezó a hacer ruido, sentí un gran dolor y tuve que salir fuera del templo. Simplemente el icono irradió con gran fuerza pero yo no estaba preparada para tal cantidad de energía. Esto era mi primer encuentro con la energía del “nivel Divino”. Comencé a visitar el monasterio casi toda la semana. Cuando estaba allí me sentía tranquila, estaba bien, mi alma jubilaba. Más a menudo visitaba también la iglesia en la ciudad. Sentía la iglesia cercana y no me quedaba de una pieza delante de los imágenes de los iconos. Víctor y Miky me aconsejaban y me alentaban.

Se acercaba mi cumpleaños. Recuerdo que era miércoles. Diez días antes una amiga mía del club de los extrasensitivos me dijo: “A mi cabeza llegó para ti un cuadro. Simplemente me queman las manos. Tengo que pintarlo y dártelo”. Esta mujer había empezado a pintar espontáneamente

después de los 50 años, una persona que no había conocido ni pinceles ni pinturas, en el momento tenía ya más de 100 cuadros al óleo de diferentes temas. Lo más interesante era que cuando pintaba un cuadro, al cabo de dos o tres meses pintaba un segundo cuadro, que seguía el tema del primero y cuando se ponían uno al lado del otro salía un completo paisaje terminado. Así a la cabeza de esta mujer llegó mi cuadro. El siguiente lunes (en el club nos reunimos los lunes) la mujer llevó el cuadro, envuelto en papel, puesto en una bolsa opaca de nylon. Era dos o tres días antes de mi cumpleaños, pero ella no lo sabía.

Con impaciencia saqué el cuadro y cuando dirigí mi mirada a él, me adormecí.

- ¿Sabes qué me estás dando?

- Sí – dijo Sonia, así se llamaba la pintora.

- ¿Estás segura de que el cuadro es exactamente para mí?

- Sí – repitió ella. – Estoy segura. Mira mi mano.

Me enseñó su mano. Los dedos estaban blancos y ligeramente quemados en las puntas.

- La energía simplemente me quemó la mano.

- Sonia, ¿es para mí este cuadro? – pregunté yo maravillada.

- Sí, sí, sí – de nuevo dijo ella. - ¿Por qué dudas tanto? Llegó para ti, para ti lo pinté, a ti te lo tenía que dar.

- Sonia, dentro de dos días cumplo años, tú no lo sabías, ¿verdad?

- ¿Cómo lo puedo saber? Pero ahora ya sé por qué pinté tan de prisa este cuadro.

El cuadro era algo increíble. La más maravillosa, la más noble, la más querida cara me miraba desde allí con sus cálidos ojos castaños. Esta era la imagen del Salvador – de nuestro Dios Jesús Cristo. Bendito sea el momento en que Sonia puso su imagen en mis manos.

- Sonia, tú no has pintado un simple cuadro. Tú has creado un icono – dije yo.

- Puede ser – dijo indecisamente ella. Esto no lo pensé cuando lo pintaba.

Seis meses más tarde consagré el cuadro y lo puse en mi salón junto a la imagen de la Madre Divina la santa Virgen María y a la imagen del Santo Miná Milagroso.

VI

A finales de 1991 tía Vera, la madre de Katia, se enfermó gravemente. Fui a verla. No podía hablar debido a los fuertes dolores y respiraba difícilmente. Me puse a su lado sobre un taburete, cogí su mano entre mis palmas y empecé a acariciarla ligeramente. Experimentaba hacia esta mujer que para mí era lejana hasta hace poco, un especial Amor y cariño. Ella sufría y yo también me sentía mal. Estuve así una hora y media con ella. Tuve la sensación que se sentía mejor y su respiración se regulaba. No me engañaba. Al cabo de una hora y media de estar cerca de ella, se tranquilizó, los dolores se calmaron y se durmió. Entonces, para nada pensaba que mi presencia y el contacto directo le habían influido. Cuando ella se durmió, me levanté y me marché. Temprano al día siguiente me despertó el sonido del teléfono. Cogí el auricular y oí la voz de Katia.

- ¿Qué has hecho a mi madre ayer por la noche? Sabes, ella durmió sin despertarse toda la noche, esta mañana estaba muy sudada y en la orina encontré pequeños trocitos como de cristal.

Escuchaba a Katia y simplemente no podía creer a lo que escuchaba. Significaba que mi presencia en la habitación y el hecho de que le cogía la mano produjo este efecto. No lo podía creer a pesar de que en el club de los extrasensitivos oía todo tipo de milagros, pero, que yo sola lo podría hacer un día, esto...

Mentalmente agradecí a Dios por todo lo que había pasado. Simplemente entendí que me daba la posibilidad de hacer algo que había soñado muchos años y a menudo preguntaba: “¿Dios, por qué no me había hecho médica? ¿Por qué, Dios, tres centésimas de calificación resultaron decisivas en mi vida?” (tres centésimas en mis notas faltaron para que ingresara a la Facultad de Medicina). Era increíble. Estaba como pegada al auricular del teléfono.

- ¿Por qué callas, mujer? – preguntó Katia - ¿Me oyes? Mamá te saluda y te espera que vengas a casa

- Bien, Katia. – dije susurrando – Bien, di a tía Vera que estoy feliz por lo que me cuentas, salúdala y dile que sin falta vendré...

- Hasta luego! – dijo Katia y colgó el teléfono.

Pasó un poco de tiempo hasta que pude darme cuenta de la reciente conversación. Recordé que después de la Pascua, cuando fui a la iglesia y luego al monasterio del Santo Miná, después de la irradiación del icono del santo, comprendí conscientemente que en alguna parte existe alguna fuerza, que de una manera me ayuda. Dios existe, esto no es una invención, no es una leyenda, es algo real. Este Dios no sólo nos oye y nos entiende, sino también nos ayuda. Me acordé que en otra ocasión entré en la iglesia, cuando estaba muy amargada por todo lo que me rodeaba y con lágrimas en

los ojos me puse delante de la milagrosa imagen de nuestro Salvador – Jesús Cristo y dije:

- Dios, el mundo en el que vivo es muy malo. ¿Por qué, Dios, no me das una pedacito de Tu fuerza, una pedacito de Tu luz, una pedacito de Tu bondad y calor para dárselo a la gente y que ellos se hagan buenos?

¿Sería posible que Dios me hubiera oído y me hubiera entendido? ¿Era posible que Dios haya encontrado tiempo para contestar a la petición del pequeño granito de polvo terrestre y a cumplir esta petición? Todavía no creía que esto fuese así.

Al día siguiente pasé a ver tía Vera. De veras estaba mucho mejor. No tenía dolores fuertes, respiraba tranquilamente.

- Hola, hija mía – me saludó ella. - Dios te mandó a mí, ¿has visto? Tu fuerza es dada por Dios, si no, no me hubieras podido ayudar.

- No lo creo, tía Vera – dije. – Como si Dios no tuviera cosas mejores qué hacer que darme Su fuerza a mí.

- No, - dijo firmemente tía Vera. – Yo lo sé. Tú eres elegida de Él. Treinta años he servido en el templo de Dios y sé que Él existe y que si Él no te diera la fuerza, tú no me podrías ayudar.

Me quedé con tía Vera alrededor de una hora y hablamos de diferentes cosas. De ella salía una tenue luz y sus ojos brillaban. Tenía un aspecto maravilloso.

Mi gran sueño era ser médica. Terminé los estudios de Ingeniería, pero toda mi alma y corazón estaban fieles a Medicina. Estudiaba mucho las propiedades de las hierbas y creía en el tratamiento natural, probablemente porque ya dos veces había vuelto a la vida gracias a sus propiedades curativas.

Cogí una hoja y un lápiz y con gran seguridad escribí una receta de hierbas para tía Vera. Ella miró la receta, sonrió y me dijo:

- Esto es otra prueba de lo que te dije al principio de nuestra conversación. Esta noche soñé que una mujer joven, desde hace poco tiempo abierta al cristianismo, me escribía sobre una hoja las hierbas con las que debía curarme, pero no logré leerlas. Agradezco a Dios que esta mujer realmente apareció – dijo tía Vera y sonrió cariñosamente.

Dejé la receta y muy segura dije:

- Dentro de diez días te levantarás de la cama y nos beberemos juntas un café. Hasta luego, tía Vera.

- Hasta luego – dijo ella.

Me marché absolutamente segura que la última frase que pronuncié era la pura verdad.

Después de dos o tres días Katia telefoneó otra vez. Primero me informó que las hierbas se tomaban exactamente como lo había dicho y que su madre estaba mucho mejor, y segundo, me pidió decir algunas hierbas

para su vecina, que por las noches se sofocaba, tenía terribles accesos y todas las noches tenían que venir los servicios de Urgencias.

- Katia, escribe – dije yo y le dicté la receta de hierbas. Me acuerdo que eran sólo dos hierbas simples. A esta mujer nunca le había visto en la vida, ni sabía su enfermedad, es decir no sabía el diagnóstico de los médicos.

¡Increíble! Al cabo de dos días y esta mujer mejoró. Se bebió las hierbas hasta el final y cuando se sintió mejor, la conocí. Resultó que era enfermera y tenía una especie de ataques de asma y que después de la primera taza de líquido de hierbas ella había sentido un alivio.

Algo pasaba conmigo. Se desarrollaban algunas capacidades que nunca hasta ahora había tenido. Exactamente diez días después tomaba el café y comía el rico bizcocho hecho con las benditas manos de tía Vera, quien me miraba con ojos brillantes.

- Hija mía, tú eres mi hija, tú me salvaste la vida. Agradezco a Dios que existes.

Yo también agradecí a Dios más tarde que Él protegió la vida de tía Vera suficiente tiempo para que ella llegara a ser mi verdadera madre espiritual. Resulté la última hija que ella recibía (como presbítero tía Vera había bautizado muchos niños, había ayudado a mucha gente en su vida), pero a mí me dio lo máximo – su fe y su unión viva con Dios.

“El tiempo antes de los cumpleaños se considera un período crítico en la vida de la persona, cada año.” Esto me lo habían dicho en el club. Quién y por qué me lo había dicho simplemente no me acuerdo, pero pienso que la persona tenía razón.

Dos meses antes de mi cumpleaños pasaron muchas cosas agradables. Comprendí que hay Dios. El icono en el monasterio del Santo Miná irradió. Empecé a actuar como curadora. Mis dos primeros pacientes estaban bien. Tenía razón para estar alegre. En las conversaciones con mis amigos del Cosmos expresé mi alegría y ellos también la compartían. Víctor y Miky simplemente vivían el cambio conmigo.

Un día se me ocurrió preguntarles qué me enlazaba con el Profesor. Sentí que ya podía recibir respuesta a este misterio pues recibía ya información muy precisa y verdadera.

Bien – dijo Víctor. – coge una hoja suelta y un lápiz y escribe todo. (Cuando me decía algo importante, él siempre quería que esto fuese aparte de las diarias conversaciones comunes, las cuales no guardaba).

Cogí una hoja y un lápiz y entonces él empezó a escribir muy claro, lento y con precisión:

“...En 18... en los alrededores de la ciudad de Dijón, Francia, en una familia noble católica, que muchos años no había tenido hijos aparecieron dos hermanos gemelos...” Aquí él, largo y tendido me describió la familia y la vida de los niños. “En su décimo segundo cumpleaños, continuó

Víctor, había muchos invitados, los niños estaban muy felices. Recibieron de su padre el esperado regalo – un barco. Después de decidir que habían estado suficiente tiempo con los invitados, pidieron permiso bajar el barco al lago. El padre de los niños les dio permiso y ellos con gritos felices subieron a bordo. Estaba tranquilo y en calma. Cuando el barco llegó al centro del lago... volcó y nadie, nunca más vio a los dos maravillosos niños...”

- Es todo – dijo Víctor. - ¿Ahora estás contenta sabiéndolo?

- ¡Ay, Víctor! – dije yo. – Quieres decir que él y yo...

- Sí – dijo Víctor – tú y él sois los dos niños. Tu cuadro refleja el primer momento, cuando estáis los dos en el barco y el suyo es el último momento. El barco está vacío, la puesta del Sol es roja sangre, el medio ambiente es de tensión y por eso te sentiste mal cuando viste el cuadro.

- Pero, Víctor, ¿por qué es todo esto? – pregunté yo.

- Esto ya es cosa de Dios y yo no te puedo decir más.

Eran maravillosos mis amigos del “nivel Divino”. Ellos sabían siempre decirme todo con precisión y claramente, sin cargarme inútilmente, pero lo que entendí esta vez, me conmovió muy fuerte. Pienso que cualquiera en mi lugar se habría sentido igual.

Ahora todo encajaba en su lugar. Ahora aceptaba de esta manera la vida de mi hermano, ahora una persona totalmente ajena y desconocida para mí - “el Profesor”, a veces sentía la extraña sensación de que él era yo, pero cambiado a femenino. Simplemente tenía que comprender que esto también existe y es realidad como todo lo demás. Interrumpí por una semana mi contacto con Víctor y Miky. Necesitaba descansar y darme cabal cuenta de lo que entendía de ellos.

En este período tenía muchos diálogos cósmicos y muy a menudo hablaba con el Rey Kaloyán, pero él estaba cada vez más triste. Comprendí su estado a través de nuestros diálogos. Le pregunté qué era lo que le preocupaba.

- Nada – dijo él. – Al contrario, tenía que estar feliz que esto pasará, pues lo sabía desde el principio, pero...

No me daba respuesta exacta de lo que estaba pasando. Pero esto sucedió...

Diez días antes de mi cumpleaños Víctor y Miky entraron en contacto conmigo de nuevo. Ellos empezaban a darme mucha, diría fuertemente, energía y exigían exactitud en nuestras conversaciones, es decir que las palabras fuesen más precisas. Cuando dices “Sí” que así sea, simplemente es “Sí” y cuando dices “No”, que sea un simple “No”. Mis interlocutores cósmicos también cambiaron su humor. No me parecían tan alegres aunque trataban mantener el nivel necesario de nuestras conversaciones habituales. Sonia pintaba en aquel período la imagen que estaba en su mente para mí. Algo estaba pasando que yo entendía que sería bueno, pero al mismo

tiempo me daba un poco de miedo. Y así las cosas empezaron a desarrollarse más dinámicamente. Para mi cumpleaños recibí de tía Vera una maravillosa cruz de plata, colgada en fina cadenilla, tomé la primera comunión consciente en mi vida (excluyo la ocasión en que mi abuela María me llevó a semejante sacramento en nuestra iglesia aldeana, pues estaba muy pequeña) en el monasterio del Santo Miná, Sonia me regaló el cuadro con la imagen de nuestro Dios, Jesús Cristo y Víctor y Miky me dijeron que ya tenía Maestro espiritual. En 10 días tantas cosas, tantos regalos por mi cuadragésimo sexto aniversario. Jamás lo hubiera soñado. Sí, pero todo esto sucedió. Lo único triste era que mi nuevo celeste Maestro y guía espiritual Santo Miná, interrumpió mis canales de contacto. Un santo fuerte y maravilloso, irreprochable soldado de Cristo. Le eran suficientes sólo seis horas terrestres para dominar la situación.

- Querida niña, - me dijo él. – Yo soy tu Maestro espiritual, me llamo Santo Miná y desde ahora en adelante puedes hablar con quien y adonde quieras, después de haberme advertido esto. Dio punto final a esta cuestión.

Estaba tan alegre como estupefacta. No me imaginaba que mi guía espiritual sería tan claro, preciso y sin compromisos, nosotros aquí medimos con nuestras medidas terrestres...

VII

Tanto tiempo esperé y finalmente llegó mi Maestro espiritual. Nuevas cosas encontraron su lugar y su explicación. En el gabinete de K. J. por primera vez debía encontrarme con él y por eso la voz de la persona que conducía el diálogo conmigo estaba a veces cariñosa, a veces severa, a veces sentenciosa. Ahora recordaba de nuevo sus palabras: “Señora, yo no soy clarividente, yo sólo Le diré lo que me dicen.” Las flores, las peonías que llevé al monasterio del Santo Miná fueron rojas, no blancas, porque así las deseaba él. La semana que no pude ir allí, según previo acuerdo, fue muy dolorosa para mí, lloré mucho, porque él me había esperado. Por eso evidentemente recibí una gran cantidad de energía de él en mi primer encuentro. Comenzó mi trabajo bajo la guía de mi nuevo Maestro. Al principio me dolió la cabeza 4 días y 4 noches continuamente a pesar de que ya nos habíamos encontrado, pero una cosa es un encuentro casual u otra muy distinta es el trabajo continuo en conjunto. El Milagroso Santo Miná es un santo dinámico y muy fuerte. No obstante la gran escuela preparatoria que había pasado, no podía recibir sus rápidas reacciones y la información que me daba. Me confundí mucho, no entendía nada y lloraba. Salvo algunas horas, no podía tener las agradables y atentas conversaciones como con Víctor y Miky, o todos mis amigos cósmicos - Richard, Mig, Ivo y varios otros seres, me faltaba el contacto con el otro mundo. Una cosa es nada más hacer el código y hablar, u otra completamente diferente es dar explicaciones a alguien quién y por qué lo buscas, y si el Maestro decide que es necesaria la conversación, sólo entonces la recibes. No tienes derecho de gastar en vano tu propia energía y tu tiempo y de los demás con palabras vacías. Me faltaban todos y sentía una inmensa tristeza, porque probablemente nunca más podría hablar con ellos. Pedí permiso para hablar con el espíritu del Rey. Lo recibí. Un montón de lágrimas de mi parte y atención extrema, cariño y bondad de su parte. Muy claramente me fue dicho que cada uno tiene su camino de desarrollo en la Tierra y nadie tiene derecho de molestar. “Desde que llegué a ti, me dijo él, sabía que vendría también este momento, así que no llores, cariño, sé paciente y obedece exactamente las indicaciones de tu Maestro porque sólo así puedes desarrollarte y subir más alto.” Le agradecí por todo y nos separamos.

Recibí permiso de despedirme de Víctor, Miky y de todos mis amigos. Ellos fueron buenos como siempre conmigo, desearon que llegase más lejos y no detenerme aquí, pero en aquel momento mi corazón estaba desgarrado de dolor y tenía la sensación de que cada uno se llevaba consigo un trocito de él. No me sentía alegre, ni resultaba fácil. Ahora, cuando escribo estas líneas agradezco a Dios por los buenos amigos que me ha dado y que han hecho mucho para acercarme a Él.

Empecé una nueva vida, completamente distinta. Santo Miná era un maestro severo, el programa de estudio era muy estricto y difícilmente entraba en el cerebro de mi modesta cabeza terrestre. Así pasaron alrededor de dos semanas y un día maravilloso, sin pensar mucho (como nosotros lo hacemos aquí en la Tierra), dije: “Dios, no quiero a este Maestro.”

Dos días Santo Miná no me llamó y solamente al tercero entendí que alguien quería hablar conmigo. Cogí una hoja y un lápiz con un poco de miedo y lo que se escribió era muy claro y preciso: “Buenos días, hija mía. Quiero decirte que otro Maestro distinto de Santo Miná, no tendrás, así que arréglatelas sola.” Y firmó. Pero sin la firma entendí con quién hablaba. Todavía cuando estaba con Víctor y Miky ellos me habían contactado con Él. Este era el contacto con Él Mismo, nuestro Dios, Jesús Cristo. Más de un minuto no hablé con Él porque no tenía la necesaria carga energética, pero conocía su estilo, sentía su energía y ya Le reconocía. Ahora, cuando escribo estas líneas es más fácil, pero entonces...

Al día siguiente con la cabeza baja de culpa esperé el contacto. Santo Miná apareció otra vez. Estaba muy atento, me dijo que no era necesario tener miedo de él, que sería más tolerante y más paciente, pero que yo tenía que estar más concentrada y más consciente y probablemente con el tiempo todo sería como debe ser. Me disculpé con mi pobre vocabulario y empezamos otra vez desde el principio. No era fácil. Compré por su consejo muchos libros de medicina, tenía que conocer las capacidades curativas de una serie de hierbas y clasificarlas según sus propiedades en tres niveles:

- *hierbas sin reacciones secundarias*
- *hierbas con reacciones alérgicas*
- *hierbas fuertemente venenosas*

De cada nivel se daban explicaciones de cómo se deben usar; el último grupo de hierbas tenía derecho de usarlo sólo en casos muy graves de enfermedad y en dosis estrictamente definidas.

Una vez por semana iba al monasterio del Santo Miná y hacía todo lo que me pedían allí como trabajo físico. Empecé a ir el domingo a la iglesia y a escuchar el sermón dominical del cura. El Santo Miná enseñaba, enseñaba y enseñaba. Empezamos a entendernos muy bien. Prácticamente ya no escribía. Simplemente recibía el pensamiento y escribía sólo cuando hacía el diagnóstico de los enfermos y cuando escribía las hierbas para el tratamiento.

Al final de agosto 1991 en el club de los extrasensitivos conocí a una mujer joven y guapa que era también su alumna. Empecé las primeras sesiones terapéuticas con ella, bajo la dirección del Santo Miná. Esta mujer no sólo tenía una gran cantidad de bioenergía sino también tenía el don de ver en el mundo invisible. Cuando por primera vez me llevó a una mujer enferma, me quedé asombrada de todo lo que vio y oyó. La paciente había

salido del hospital como caso perdido. Estaba enferma en un dormitorio grande y viejo, apenas respiraba, tenía graves problemas cardíacos, no podía comer, todo lo vomitaba y por estar mucho tiempo en cama ya presentaba aquí y allá heridas ligeras en el cuerpo. Sentí miedo. En la gran habitación estábamos sólo mi nueva amiga del club, nuestro Maestro espiritual y yo, a quien yo recibía a través de mis pensamientos y como energía, y ella recibía las indicaciones de trabajo en imágenes.

“Vuelta atrás no hay, señora”, sonaban las palabras que escuché del extrasensitivo K. J. hacia unos meses. Empezamos el trabajo. Ina (la llamaré así) se colocó a cierta distancia de la cama y levantó seguramente las manos. Sus ojos estaban cerrados y sus manos bailaban en el aire. Las órdenes que recibía eran continuas y yo las decía en voz alta: “¡Oxígeno! ¡Energía! ¡Para! ¡Espera! ¡Mantén!” A cada comando Ina hacía movimientos precisos con las manos. La mujer en la cama empezó a toser y yo a sentirme mal. Por un momento perdí la conciencia y no recibía nada. Sólo un pensamiento latía en mi aterrorizado cerebro: “Si la mujer se muere en este momento, ¿qué pasará con nosotros, con Ina?”

- Tranquila, abuela Vasilca, - oí a mi lado la voz de Ina y luego muy bajo - ¿Estás mal?

La pregunta de Ina estaba dirigida a mí. En este momento sentí que una fuerte corriente de energía como en cascada caía sobre mí, me recuperé y seguí recibiendo los comandos dados: “¡Oxígeno! ¡Energía! ¡Mide el pulso! ¡Mantén!” etc. Trabajamos así alrededor de dos horas. Ina también estaba como clavada en su lugar y ejecutaba todo con precisión, yo estaba toda bañada en sudor. Finalmente recibí: “¡Final! ¡Bravo, chicas!” Con esto la sesión terminó. Ina se movió, se acercó a la mujer enferma, que tenía las mejillas ligeramente coloradas y dijo:

- Y ahora tenemos que ponernos de acuerdo. Comerás dos o tres días cosas líquidas, luego beberás estas medicinas (señaló dos de las medicinas indicadas en el hospital), luego paulatinamente pasarás a comer sopas, etc. Ina daba la orden de la comida, yo escuchaba como en un sueño, no tenía fuerzas para moverme de la silla. Finalmente escuché cuando terminó:

- Dentro de tres meses, abuela Vasilca, vendremos con esta chica aquí y tú vas a abrirnos la puerta. Estarás vestida con un traje multicolor, sobre la mesa habrá uvas y whisky.

- Ojalá – dijo cansada la mujer. – Y ahora él, mi hijo... - la mujer movió la mano.

- Nos pondremos de acuerdo – dijo Ina. Salimos de la habitación.

- No la molestéis – ordenó Ina. – Dentro de dos horas podéis entrar.

- ¿Cuánto costará la sesión? – preguntó el hijo.

- Nada – contestó Ina.

- ¿Cómo que nada?

- Pues, muy simple – dijo Ina – nada. Cuando la abuela Vasilca se ponga bien, vendremos como invitados. Es todo.

Nos vestimos y salimos. Yo estaba cansada pero Ina fresca, caminaba a mi lado.

- ¿Qué te parece? – me miró sonriente ella. – No es fácil, ¿verdad?

- No lo es – confirmé yo. – Ina, ¿y tú crees que el mujer se curará? Yo creo que durante la sesión ella perdió la conciencia.

- No estás lejos de la verdad. Pero se curará.

Ina tenía razón. Después de tres meses visitamos a nuestra abuela Vasilca. Ella nos recibió sonriente en el umbral, vestida de una cálida bata multicolor de fustán, sobre la mesa desde lejos se veía el frutero llena de uva color ámbar y, naturalmente, el whisky.

¡Dios, acaso todo esto era verdad! Sí, era la verdad. Ina veía el futuro, tenía la necesaria carga energética y podía ayudar a la gente. No nos quedaba otra cosa que agradecer a Dios por el maravilloso Maestro y guía que nos había dado. El realmente era incansable, muy severo y exigente y pudo enseñarnos en muy poco tiempo a trabajar en un sincronismo total. Yo ya podía dar también energía y oxígeno cuando se necesitaban cantidades más grandes. Dependiendo de la enfermedad del paciente las sesiones duraban una hora, dos, tres, cuatro horas. Algunas las hemos hecho en presencia de un médico – cirujano, que escuchando nuestras conversaciones, llegó hasta la siguiente conclusión: “Vosotras, chicas, realmente hacéis operaciones, sin nunca haber estudiado medicina.”

Era el principio de 1992. Santo Miná empezó a prepararme para la comunión que tenía que recibir en una de las más grandes fiestas cristianas. El día anterior él me dijo:

“Querida hija, es tiempo para separarnos. Mañana te entregaré en las más limpias, más radiantes y más fuertes manos del Universo. Mañana tú recibirás como Maestro y guía al Mismo nuestro Dios – Jesús Cristo.”

VIII

Como la mayoría de las mujeres sentía debilidad por las joyas menudas. Para cada traje tenía un collar oportuno, un anillo y una pulsera. Me acuerdo que el espíritu del Rey no estaba nada contento de mis “perifollos plásticos”, pero sólo una vez me dijo que no le gustaban y con esto terminó la discusión. Como alumna del Santo Miná, sin darme cuenta, dejé en una cajita todas las alhajas complementarias, ni siquiera me acordaba de ellas. En mi pecho se quedó sólo la pequeña cruz plateada de tía Vera, que me había regalado por mi cumpleaños y en la mano izquierda estaba un pequeñito anillo dorado con una piedra lila. El día de la comunión, en que el Santo Miná me entregó en manos de nuestro Dios Jesús Cristo, este anillo se me salió del dedo y aunque intentaba ponérmelo, de nuevo se caía otra vez. Finalmente entendí que no debía llevarlo. Después de la comunión me quedé sólo con la pequeña cruz plateada sobre el pecho.

Volví a casa. Me sentía bien, sólo me quemaba la cara, como si me hubiera sometido a un tratamiento con rayos láser y hubiera estado más tiempo de lo necesario. Por pura curiosidad humana me miré en el espejo. Realmente mi cara estaba más roja que su estado de costumbre, pero nada más. Al cabo de dos, tres horas se me pasó. Al día siguiente, como siempre cogí la hoja y el lápiz y me senté para recibir las instrucciones de trabajo. Estaba muy sorprendida de que el Santo Miná no se presentara. No podía creer que el cambio se había hecho, aunque él me lo había advertido. Muy atentamente, con mucho calor y cariño se me explicó que desde este día era ya alumna del mismo Dios, Jesús Cristo. No podéis imaginar qué es lo que sentía en aquel momento. Simplemente mi conciencia se negaba a recibir lo que se escribía sobre las hojas. Para mí Dios era algo lejano, algo inalcanzable. Sabía que existía, ya había aprendido hasta cierto punto a venerarLe y de respetarLe como es debido, pero que Él encontrará tiempo para ocuparse de mí en persona... ¿Quién soy yo? Un ser terrestre ignorante y culpable...

- Perdóname, Dios, - yo me volví hacia Él – pero ¿podría hablar con Santo Miná?

- Sí, hija mía. Hablarás.

Apareció nuestra común escritura y Santo Miná muy atentamente y pacientemente empezó a explicarme que nuestro trabajo común había terminado. El estaba contento de lo que había hecho, pero ahora tenía que recibir a mi nuevo Maestro.

- Estate atenta y sé que si aprendes bien lo que te enseñan, llegarás lejos.

Se despidió de mí y se fue. Otra separación más. Estaba sentada y callada. No tenía ganas de escribir más. Me había acostumbrado con el

Santo Miná, me sentía bien, lo entendía bien e incluso no era necesario escribir.

- Dios, ¿me estoy volviendo loca? – pregunté casi inconscientemente y junto al pensamiento que se escribía sobre la hoja, como escalofrío una onda de cálida y tierna energía atravesó mi cuerpo.

- No, hija mía, no te estás volviendo loca. Estás recibiendo los pensamientos de tu Dios, Jesús Cristo. Si no tuvieras una mente fuerte, Yo nunca me presentaría. ¿Entiendes, que tú ya puedes hablar conmigo?

- Dios, ¡qué grande Eres! ¿Merezco Tu gran piedad y bendición?

- Hija mía, - siguió El – tú no sabes qué rica eres ahora. A través de Mí tú tienes el Universo.

Estaba allí, recibía los pensamientos y creedme, en aquel momento de veras no me daba cuenta de lo que había recibido.

Pasaron tres o cuatro semanas en las que callaba y me negaba a recibir lo que fuera. Simplemente estaba como aturdida por todo lo que me estaba pasando. Dios tampoco me daba señales de Su existencia. La vida corría como siempre. Los domingos iba a la iglesia, me ocupaba de mis problemas mundanos y al mismo tiempo me preparaba para la comunión de Pascua, guardando físicamente ayuno.

Era una tarde. Sonó el teléfono. Descolgué el auricular y oí la voz bajita y clara de tía Vera.

- ¿Eres tú en el teléfono? – preguntó ella. – Por favor, ven mañana a mi casa.

Esto fue toda nuestra conversación. Me acuerdo que era el día de la Anunciación de 1992. Me fui a la iglesia y luego fui a la casa de tía Vera. Como era un día laborable, ella estaba sola en casa. Me invitó a sentarme de forma que la imagen de Dios estaba enfrente de mí. En su casa había muchos y distintos iconos – era la casa de un cura. En aquel momento sentí que algo pasaría. Tía Vera también se sentó y me miró con sus ojos azules y severos. Siempre en ellos había sólo calor, Amor y ternura que me daba, pero ahora esos simplemente no eran los mismos ojos. En ellos se leía el dolor y la tristeza y también se puede diría, ofensa.

- Escúchame bien – empezó tía Vera. – Es muy difícil que te lo diga, pero debo. Ella recobró el aliento. - Te dije que Dios te ha elegido. Te dije que por mis manos han pasado muchos, muchos niños que he bautizado y a los que he ayudado. Te acepté en esta casa como mi hija y te lo dije, ¿verdad? – preguntaba tía Vera.

- Sí – contesté confusa yo.

- ¿Y tú qué has entendido de mis palabras, contéstame? – siguió tía Vera.

- ¿Has entendido algo de ellos?

- Pues, tía Vera, yo acepto a Dios. – las palabras apenas se oían.

En aquel momento pasó lo más espantoso. Tenía la impresión de que se cumplía la maldición de mi madre. Cierta vez que no la había obedecido en algo, no me acuerdo exactamente lo que había sido, mi madre no tuvo piedad de mí, alzó su mano y me maldijo: “Mal rayo te parta.” En aquel momento me pareció que entendía lo que significaba eso. Volví en mi misma y oí la voz de tía Vera, que ya no era tan severa y en sus ojos había lágrimas y mucha ternura.

- Hija, - dijo ella - Dios se recibe no sólo con el cerebro, Dios se recibe con el alma y el corazón. Y ahora vete y ojalá esta vez entiendas lo que te dije.

- Hasta luego – apenas dije yo.

- Hasta luego – dije tía Vera – y en la puerta muy cariñosamente me abrazó y me besó. – Que Dios sea contigo.

Todavía, al regresar a casa de mis ojos salían lágrimas amargas. Menos mal que no había nadie. Me puse delante de la imagen de Dios y cuando Lo miré, de Sus ojos también caían lágrimas grandes. Me arrodillé delante de El, ¿qué había hecho? ¿Cómo Le había causado este gran dolor?

- Dios, perdóname! Pon luz, Te ruego, en mi cerebro terrestre, porque yo verdaderamente no sé qué tengo que hacer. - En aquel santo para mí momento en mi conciencia apareció una pequeña poesía que la madre superiora del monasterio del Milagroso Santo Miná me había dado hacia algunos meses y me aconsejó aprenderla de memoria:

*“Sólo Tú, Jesús mío,
das felicidad, calma.
¡Entra en mi corazón y allí
siempre Tú gobierna solo!”*

- Ay, Dios, Te agradezco. Ya entendí y Te ruego que me perdones, que haberTe ofendido tanto. Pero nunca, nunca, créeme, me he sentido digna de eso que recibo de Ti en este momento. Gracias por Tu gran piedad y benevolencia.

Durante tres días las lágrimas salían de mis ojos y me quemaban. Tres días seguidos fui a la iglesia y de rodillas delante del Trono de Dios pedía Su perdón y Él me perdonó.

Se acercaba Sus fiestas más grandes – los días de La Pascua de Resurrección. Casi todos los días pasaba por el templo. Cuando recibí la santa comunión, quién sabe por qué, en la mano izquierda puso un pequeño anillo de plata con una piedra azul de porcelana. Lo encontré en la cajita de mis “perifollos” (como antes las había llamado el Rey). Lo había comprado hacia muchos años durante una comisión de servicio. Cuántas veces trataba ponérmelo en la mano, tantas veces ocurrían cosas complicadas y yo nunca

lo había llevado. Extraño, exactamente este apareció y como si exactamente ahora lo tuviese que llevar. Lo puse y se quedó en mi mano.

Pasaron los días de Pascua, yo me tranquilicé. Un día cuando estaba sola en casa me senté y cogí una hoja.

- ¡Buenos días, hija mía! – como siempre me saludó nuestro Dios. – Ahora te ruego mucho una cosa – continuó El. – Estate muy atenta, piensa bien y luego Me contestarás. ¿Recuerdas lo que Me pediste hace un año, cuando llegaste a Mí?

- Sí, Dios, me acuerdo. En mi mente surgió aquel momento, cuando con lágrimas en los ojos Le rezaba por: “Una pedacito de benevolencia, un pedacito de fuerza...”, para darlas a la gente.

- Y, - continuó El – tú ¿todavía quieres todo eso? Piensa antes de darme la respuesta.

- Sí, Dios, sí – confirmé yo.

- ¿Y tú sabes lo que Me estás pidiendo? ¿Sabes que desde el momento en que lo tengas no habrá ni día, ni noche? ¿Sabes que debes ayudar a mucha gente y casi nunca recibirás gratitud, al contrario, encontrarás risas, ofensas, rabia, olvidos? ¿Sabes cómo te dolerá el corazón y el alma? ¿Sabes cuántas lágrimas derramarás?

- Dios, ¿acaso ahora mi vida es fácil? ¿Es que ahora no lloro?

- Sí, - dijo Dios - pero esta era tu propia vida hasta ahora, desde ahora en adelante tú vivirás por Mí y a través de Mí, ¿Me entiendes?

- No del todo – reconocí.

- Bien. Simplemente te digo que para ti en la Tierra no hay y no habrá vida fácil – dijo Dios y esta última frase la subrayó con una línea espesa.

- ¿Y Tú estarás conmigo? – Le pregunté yo y ahora comprendo que mi pregunta fue muy infantil.

- Sí, - contestó El. – Siempre estaré contigo, hija mía, pero te repito otra vez, para ti, vida fácil no habrá en la Tierra. Piensa bien antes de contestarMe lo que sea.

- Bien, Dios, yo desde hace un año lo decidí.

- Que así sea – dijo Dios. – Tú sola lo decidiste. – Y me bendijo. – Recuerda una cosa, Yo pregunté, tú contestaste y nunca jamás volveremos a esta conversación.

Luego me dijo que es necesario llamar todos los días a una hora exacta y con eso nuestra primera conversación terminó.

IX

Al día siguiente puse, a la hora estipulada, un pequeño montón de hojas blancas, algunos lápices bien afilados y me senté. Aquí tengo que decir que soy una persona con salud muy delicada y muy a menudo me enfermo. No obstante eso yo nunca me cuido. A menudo salía descalza a la terraza cuando hacía frío o salía ligeramente vestida. El Santo Miná a menudo lo recordaba: “Hace frío, por favor, vístete bien” y por eso seguramente nuestro trabajo común con Dios empezó así:

“Buenos días, querida hija. Quiero primero que nos pongamos de acuerdo en una cosa. Si piensas que te diré cómo y cuándo te debes vestir, no será así. En el momento que te enfermes por tu culpa, Yo te retraso el desarrollo y tú sola decidirás qué hacer. Y ahora, continuo Él, quiero que hagamos una revisión de los 10 Mandamientos porque desde aquí se empieza. Acógelos.” No disponía de mucha literatura pero los Mandamientos los sabía bien. Cogí mi Calendario ortodoxo y empezamos la revisión. Llegamos hasta el noveno mandamiento y aquí nos paramos.

“Aquí es el lugar – dijo Dios - para decirte algo. Hija mía, nunca y en ninguna ocasión mientas. No hay mentira noble, no hay mentira grande ni pequeña. ¡La mentira es simplemente mentira y ella destruye lo humano en ti! ¿Tú, por qué has mentido?”

Por principio yo no miento, pero hace algunos días realmente lo hice. Y ahora tenía que explicar por qué se había sucedido esto. Me acuerdo bien, era un domingo. Me levanté muy temprano para poder preparar el desayuno y la comida porque tengo muchos problemas con mi marido porque en día de descanso no estoy en casa, sino que me permito salir a la iglesia. Apenas terminé mi trabajo en la casa y empecé a prepararme, cuando él se levantó:

- ¿Dónde vas? – oí su tono no muy amable.
- Sabes que los domingos voy a la iglesia – no di marcha atrás.
- Ayer estuviste en la iglesia, ¿verdad? ¿Por qué hoy también vas?
- No fui – dije yo. Y aquí mentí. Ayer había sido sábado, salí por trabajo y realmente aproveché la salida, encontrando tiempo para pasar, aunque por pocos minutos, al templo.

“¿Por qué mentiste?” – preguntaba Dios y yo tenía que contestarLe, aunque El muy bien sabía los motivos de mi acto.

- Yo...

“Tú no quieres tener problemas – continuó Dios mi pensamiento. Pero quién te prohibía contestar: “Voy a la Misa solemne del domingo” y así hubiera terminado la conversación. De esta manera tú no hubieras mentido.”

Justo era Dios, de veras podía contestar también así, pero...

“Cuando no puedas decir la verdad, es mejor callar, pero no digas mentiras nunca jamás, recuérdalo bien – dijo Dios. – Y ahora seguiremos adelante. A ti vendrá mucha gente por ayuda. Recuérdalo bien – no existirá ni sexo, ni edad, ni filiación política, ni nacionalidad, ni pobre, ni rico. Para ti sólo será un alma terrestre sufriente. Cuando una persona se vaya de tu lado, de tu hogar, tú deberás haber aliviado no sólo su estado físico, sino también el alma, ¿entiendes? La gente que sufre generalmente se divide así:

- *Gente con sufrimientos físicos.* Aquí tendrás posibilidades ilimitadas, pero recuerda una cosa – nunca interrumpas el tratamiento de los médicos terrestres. Sé que tu energía será dosificada de acuerdo su tratamiento y al estado del paciente. Tu obligación es ayudar para que la persona se cure, no para tener fama y reconocimiento. Eso, ni lo busques ni lo esperes en la Tierra.

- *Hay gente con graves traumas psíquicos.* Aquí nunca y bajo ninguna circunstancia permitiré tu intervención.

- *Hay gente que de una u otra manera aceptan el mal en su alma.* Aquí lo mejor que puedes hacer es mandar la persona al templo de mis servidores. Recuerda, hija mía, a los curas les he dado Mi fuerza y Mi bendición para alejar el mal de las almas humanas.”

Que esto es exactamente así, Dios no sólo lo dijo, sino que además me lo enseñó. Un domingo con Katia estábamos en nuestro templo parroquial en la misa dominical. Katia llegó retrasada. Al final de la misa me confesó que le dolía mucho la cabeza y que se sentía muy mal.

- Seguramente alguien en alguna parte piensa mal de mí – dijo Katia.

- ¿No se te pasó durante la misa? – le pregunté yo.

- No se me pasó. Llegué tarde.

En ese momento la misa había terminado completamente y el cura se preparaba a entrar en el altar.

- Vamos a pedirle que te lea una oración – propuse yo. – Entonces seguramente te pasará.

- Bien- confirmó Katia.

Apenas queríamos dirigirnos con este pedido al cura, cuando por la iglesia pasó rápidamente el segundo cura que nos conocía. El se paró y como simple humano intercambió algunas palabras con nosotros. Mientras hablábamos, el otro cura que había dicho la misa, estaba con las manos puestas en las puertas del altar. Estaba aproximadamente a un metro de distancia de nosotras. Vi cómo la cara de Katia cambió su color. Hablábamos no más de uno o dos minutos, luego dijimos adiós a los dos curas y salimos.

- ¿Sabes qué pasó? – dijo Katia.

- Casi me lo imagino.

Katia me miró, sus ojos brillaban, su cara estaba sonrosada.

- Me pasó el dolor de la cabeza y me siento maravillosamente. ¿Tú, qué dices?

- Diré, Katia, que la fuerza que tienen los dos curas y sus puros pensamientos, alejaron el mal lejos de ti, aunque no hubiesen dicho ni una sola palabra.

No podéis imaginar qué gran energía tienen los curas durante la misa en el templo. Cuando ellos leen del Evangelio, sus caras desaparecen y se pierden en un resplandor dorado. En aquel momento mi cara se inflama, por mi cuerpo corre un maravilloso calor y siento como si fuera más ligera, como si todo lo que estuviese cargado sobre mí se cayera y mi alma se siente ligera y libre.

No me podéis culpar de parcialidad porque ningún cura terrestre me había cogido de la mano y me había encaminado hacia Dios. Sucedió al contrario – Dios me había cogido de la mano, me introdujo en el templo y además Él me enseñó a respetar y estimar a Sus servidores aquí en la Tierra.

“Hija, dijo Dios, ellos también son terrestres y tú no tienes derecho de juzgarlos por sus acciones. Esto es Mi trabajo. Tú irás siempre al templo cuando puedas y escucharás lo que dicen. Debes saber que siempre te dirán la verdad, - dijo Dios, - y siempre pueden protegerte del mal.” Así terminó mi segunda lección bajo la dirección de Dios. Casi sin darme cuenta, en mi biblioteca personal aparte de los libros de medicina, La Biblia y “Nuestra fe”, aparecieron más: “Jesús – Su vida según El Evangelio de San Lucas”, “El nuevo testamento de nuestro Dios Jesús Cristo y los salmos”, “El Evangelio de San Juan”, “El libro de oraciones”, “El Salterio”, “El Sinacsar (lecturas de las fiestas de Triade y Pentecostés)”, “Catecismo ortodoxo”, “La epístola de los patriarcas orientales de la fe Ortodoxa”, “Catecismo ortodoxo y Misas Ortodoxas”, “Santo Serafín Sarovsky”, “La vida de los santos”, “Escalera (escalera de la vida espiritual) del reverendísimo Juan Lestvichnik”.

X

Tengo un hijo grande. Sólo un hijo que casualmente o no, lleva el nombre de nuestro Dios. Cuando éramos jóvenes mi marido quería muchísimo tener otro hijo. Quién sabe por qué, pero siempre supe sin que alguien en alguna parte me lo dijera, que tenía derecho sólo a un hijo. Si hubiera tenido al segundo, habría perdido al primero. No tenía manera de explicárselo todo esto y él no me hubiera creído. De todos modos la larga enfermedad grave de mi madre, inclinó la balanza hacia mi deseo y así que me quedé sólo con un hijo. Le quiero mucho, es el único ser por quien haría todo lo que fuera aquí en la Tierra.

Era el final del mes de abril de 1992. Mi hijo se enfermó de gripe o de algún virus. Tuvo fiebre alta y guardó la cama.

- No quiero que llames al médico – dijo. – Tú curas gente ajena y a mí, ¿no me vas a curar?

Callé y no le respondí nada. Recibí sólo un silencioso y claro pensamiento: “No te preocupes, el niño se pondrá bien. Yo lo curaré.” Para mí el pensamiento era claro. Entendí que Dios estaba conmigo y tendía Su mano para ayudarme.

Cada mañana para el tratamiento del día recibía Sus indicaciones. Eran incluidas infusiones de hierbas, agua activada, que Dios me había enseñado a hacer, incluso los antibióticos no estaban excluidos. En vez de curarse el niño cada día empeoraba. Ya difícilmente se levantaba de la cama, rechazaba la comida y aceptaba sólo té y medicinas. Cada día le decía: “Hijo, deja que llamemos al médico.” Y cada día recibía la misma respuesta: “No quiero otro médico que no seas tú, mamá.” El séptimo día su estado empeoró repentinamente. Empezó a respirar difícilmente y con interrupciones. ¿Qué hago? Le pregunté otra vez ¿por qué no llamamos al médico? Él apenas pudo contestarme:

- Como tú lo decidas, mamá. Y se abandonó. Le daba el té y la medicina, pero no tenía fuerzas ni para tomarlas.

Con lágrimas en los ojos me puse delante de la imagen de Dios y Le rezaba para que me ayudara. Recibía sólo el pensamiento: “Té, medicina” y nada más. El niño empeoraba a cada hora. Tenía la impresión de que me estaba volviendo loca. Era yo la que no llamaba al médico, ¿verdad? Era yo la que tenía la responsabilidad delante de mi hijo para curarlo y también a alguien que para mi mundo era invisible, ¿verdad? ¿Qué hacer? Las lágrimas caían de mis ojos. En este momento sonó el teléfono. Llamaba mi prima de la provincia, una médica maravillosa. Le dije en qué estado nos encontrábamos. Ella me escuchó muy atentamente y concluyó:

- Bravo. Mejor tratamiento del que estás dando al chico, tampoco yo lo podría indicar.

Después de la conversación con ella sentí un poco aliviada el alma, pero cuando miré otra vez la cama donde casi sin vida estaba mi hijo, el corazón se me contrajo de horrible dolor otra vez. Por la tarde la situación estaba igual de tensa. Mi marido volvió del trabajo. Estaba cansado, preguntó cómo estaba el niño y cuando supo que mi prima había llamado dijo:

- Pues, si ella te ha dicho que pasará, significa que todo está en orden – y entró para mirar la televisión.

Durante la noche estuve al lado de mi hijo, oía su respiración entrecortada y cada vez más imperceptible a mis oídos, miraba la imagen de Dios y con lágrimas en los ojos Le rogaba que me ayudase. Eran las tres de la mañana.

- Mamá, algo pasó en mi cabeza, me duele mucho la oreja – gimió mi hijo.

- Dios, si has decidido que no soy una madre digna, Te lo entrego – dije y entonces acepté un rápido pensamiento: “Gira el niño de manera que la oreja doliente quedé hacia arriba. ¡Alza tu mano izquierda sobre su cabeza!” Casi automáticamente hice lo que recibí y subí la mano. Tenía la impresión que sobre mi palma se había encendido fuego. Así estuve 20 ó 30 minutos, no me acuerdo exactamente. Sentí que mi mano empezó a enfriarse poco a poco, la respiración del niño se normalizó, se calmó y ... se durmió tranquilo. “Ahora todo está bien. Duerme un poquito. ¿Te pudo mucho, verdad?” Sabía quién me lo decía. Le di las gracias y me acosté. Después de dos días mi hijo estaba completamente sano.

Cuando me recuperé de su enfermedad, Dios me dijo: “Si tú, hija mía, no Me crees, ¿cómo quieres que mañana la gente te crea a ti que Yo existo y que tú trabajas con Mi fuerza?”

Esto también había sido una lección, aunque difícil para mí.

XI

Un día de verano caminaba por una de las calles principales de la capital. Desde hacía mucho tiempo estaba sin trabajo y tenía en el bolsillo sólo un billete de 20 levas y algunas monedas. El día era maravilloso, pero me sentía triste. Vi delante de mí un mendigo, un viejo con canas, pero su aspecto no me gustó, no sé por qué y le pasé. Después de 20 metros vi una madre con su niño de pecho, que también pedía limosna – una gitana. Pensé que pedía dinero no por necesidad y pasé adelante sin darle algo. Entonces recibí sólo un pensamiento, sólo una pregunta: “¿Si lo poco que tienes en el bolsillo no lo puedes dar a la gente, cómo les darás Mi bondad y Mi luz?” Compré leche y pan y con las últimas monedas compré velitas. Me puse en el templo delante de la imagen de Dios. Lloré muchísimo y amargamente y Le explicaba lo difícil que es estar sin trabajo y como no tenía posibilidad de comprarme ni el pan de cada día. Dios me miraba severo y no recibí ningún pensamiento. Salí del templo con un sentido de gran culpa y caminaba simplemente por la calle sin rumbo. En un tenderete, me llamó la atención un pequeño libro - “Jesús” – lectura para niños y jóvenes. Cogí el librito en manos y lo abrí. Lo que estaba delante de mis ojos fue: “...Los pájaros celestes ni siembran, ni cosechan y el mismo el Padre Celeste les nutre...” y en la misma página “...Las flores no trabajan, ni hilan, pero están mejor vestidas...” Como conclusión seguía: “Si tu Padre Celeste te ha enviado en la Tierra, Él ha pensado en ti.” La lección no terminó aquí. Cuando volví a casa, llegó de visita mi suegra.

- Hija, - me dijo ella, - sabes que tengo que devolverte 13 levas. Desde ayer pienso en que tengo que devolvértelas y hoy me están simplemente quemando las manos. Aquí están. Y ella dejó el dinero sobre la mesa. No dije nada. Le agradecí. Le ofrecí lo que tenía y se marchó. Por la noche cuando volvió mi marido me dejó sobre la mesa 60 levas que había recibido inesperadamente. Así en mi casa para una tarde cuando no había ni una sola moneda, llegaron 73 levas.

No cogí hoja y lápiz. No era necesario. La lección pasó sin escribir.

XII

Estaba en casa de mis vecinos. De palabra en palabra llegamos hasta mis nuevas capacidades. Mis parientes decidieron comprobar si mis palabras correspondían a la verdad y todos se hicieron un diagnóstico. Resultó que todo lo que recibía como información para cada uno era correcta pero yo no sabía quién sufría qué, ni las enfermedades que tenía.

Antes de marcharme de repente decidieron que sería bueno presentarme con su hija. Hasta el momento no habíamos hablado nada de la chica. La había visto cuando era pequeña, pero desde entonces hasta ahora habían pasado 25 años.

- Espera un poco – dijo la madre. – Ahora verás a nuestra Ema.

A poco entró en la habitación una chica guapa, rubia, me examinó y con voz que no aceptaba oposición dijo:

- Por favor, déjenme a solas con ella – y me señaló con la cabeza. Todos salieron de la habitación. La chica me miraba perspicazmente con sus ojos azules.

- Yo no te creo – constató ella. – Ni a ti, ni a tu Dios.

Y empezó a hablar sin parar de su relación con estas fuerzas, de sueños clarividentes, que había soñado. Como si alguien doblegara su voluntad y se presentara con una imagen maravillosa, como si fuera obligada a cumplir sus deseos. Callaba y no la interrumpía. Así ella habló hora y media de que no había razones para vivir en este mundo malo y horrible - aquí en la Tierra, que no estaba hecha para él y que se debía ir. Al fin preguntó:

- ¿No tienes nada que decirme?

- No, hija mía. No te diré nada. Cuando decidas que estás lista para escucharme, tú sola me llamarás.

Me despedí y me marché. Al día siguiente el teléfono sonó temprano por la mañana.

- Soy yo – reconocí la voz de Ema. – Podría venir a verte hoy?

- Siempre eres bienvenida en mi casa, Ema – dije yo.

- Bien – en su voz noté un dejo de alegría y ella colgó el teléfono.

Por la tarde ella vino. Nos sentamos en el salón donde en la pared estaba la imagen de Jesús Cristo.

- Pues, cuenta, Ema, ¿por qué viniste? – pregunté yo.

- Pues, vine para disculparme. Tú no eres mala, cometí un error – y empezó a llorar.

Le tranquilicé y luego hablábamos largamente. Al final Ema me abrazó, me besó y dijo:

- Te quiero mucho. ¿Me ayudarás a disculparme delante de Dios y recibir la Santa comunión? Probablemente hasta ahora estuve en malas manos.

- Sí, Ema. Con alegría te ayudaré a encontrar el verdadero camino, porque a veces el hombre comete errores y cuando tiene quién le apoye y le ayude, encuentra el camino.

Nos pusimos de acuerdo para ir juntas a ver a mi pintora Sonia y de hablar también con ella. Así sucedió. Sonia nos recibió y después de nuestra conversación Ema recibió la imagen de Dios como regalo. Su cuadro se diferenciaba mucho del mío, pero Ema dijo que ese era exactamente su Dios y que ella exactamente así se imaginaba a Cristo.

Empezamos a prepararnos para la comunión.

- Ema, - le advertí yo – no te será fácil, hija mía. Hasta ahora tú has servido a una fuerza contraria a la que deseas aceptar. No te dejarán fácilmente. La lucha esta vez será de vida o muerte, ¿entiendes? Lo que te digo es la pura verdad.

Ema pensó. Luego me miró con sus maravillosos ojos azules y me dijo:

- ¿Y tú me ayudarás en esta lucha? ¿Estarás conmigo?

- Estaré, Ema, estaré muy cerca de ti, pero, hija mía, el golpe principal lo recibirás tú.

- No importa – dijo ella. – Si tú vas a estar conmigo, lo probaré.

Empezamos el ayuno. Cada día Ema iba a la iglesia y todos los días me llamaba. Cuando tenía la posibilidad venía también a casa. Trabajaba mucho y casi no le quedaba tiempo libre.

- Haré el ayuno dos semanas – decidió Ema. – El ayuno extremo, ¿no?

- Bien – dije yo. – Que sea así.

Pasaba la primera semana. Era domingo por la tarde. Sonó el teléfono y cuando descolgué el auricular, oí la voz de Ema:

- Me estoy muriendo. Estoy sola en casa. Por favor, ven – y colgó el teléfono.

Eran las 18.30. No había tiempo que perder. Me vestí rápidamente y sin importarme que fuera domingo por la noche, dije a mi marido:

- Salgo. Ema me llamó. No se siente bien y tengo que ir.

No oí su respuesta y salí. Justamente la verdad me había dicho Dios: “No habrá día, ni noche. No tendrás descanso...”

Encontré a Ema en un estado horrible. Su cara era gris, los ojos oscuros, apenas me abrió la puerta y sólo dijo:

- Me muero, pero no quiero médico. Sólo que tú estés conmigo.

- Bien, Ema – dije. – No llamaré al médico, sólo te ruego que te acuestes.

Automáticamente recibía el pensamiento: “Coge el vaso con agua. Rápido, por favor. Activa el agua 20 minutos. Estate cerca de ella. ¡Cerca! ¡Más cerca! Abrázala así de forma que su cabeza se quede entre tus brazos y no dejes el vaso! Por favor, ¡rápido! ¡Bien!”

Ema se lamentaba y se retorció en mis brazos.

- Me siento mal. Me siento muy mal. Algo pasa en mi cabeza, en mi estómago. Por favor ayúdame.

- Tranquila, Ema, tranquila – hablaba como si no fuera mi voz. Era segura y tranquila. Estábamos solas en todo el apartamento. “Si ahora algo pasa con Ema, ¿cómo responderé a sus padres?” Este pensamiento como flecha atravesó por segundos mi mente, pero luego recibí otro pensamiento: “Bien, muy bien. Un poquito más. Dale ahora el agua.” Ema bebió el agua y diez minutos más tarde empezó a vomitar. Era horrible ver lo que estaba pasando. Ella tenía convulsiones, se retorció, se quejaba. Así estuvo cerca de 30 minutos. Finalmente respiré aliviada y dijo:

- Ya pasó, me siento bien.

Se lavó y vino hacia mí. Sentía que todavía estaba con tensión y temblaba, pero su mirada era fresca, la cara rosada.

- Me perdonarás si me acuesto un poquito - dijo ella. – Pero te suplico, te lo ruego mucho, no te vayas.

- Bien, Ema, bien. – Miré el reloj, eran las 22 horas del domingo por la noche. Había dejado mi hijo, mi marido y mi casa en domingo y estaba con Ema. Volví a medianoche. Extrañamente – nadie en casa se enfadó conmigo ni preguntaron por qué había tardado. Simplemente esperaban a que volviese. Me habían preparado también una taza de café. Increíble.

El siguiente domingo Ema recibió la Santa comunión. Ella pasó bajo la protección de nuestro Dios Jesús Cristo.

Dos días más tarde mi marido volvió a casa muy cansado del trabajo. Resultó que en casa no había cigarrillos.

- ¿Podrías ir comprarme cigarrillos, por favor? – me pidió él.

- Bien – estuve de acuerdo. Y me fui. Compré los cigarrillos y cuando llegaba a nuestra cuadra, casualmente levanté la mirada y... Vi que de un sexto piso, todo el vidrio de una ventana cerrada se había roto y volaba hacia mí. Llevaba sólo un vestido de verano. No tuve tiempo para desplazarme, el cristal volaba directamente hacia mi cabeza. Cerré los ojos: “¡Dios!” – fue todo que pude pensar. Luego oí un ruido ensordecedor. Abrí los ojos. El cristal había caído a tres metros de mí, roto en miles de trocitos y a mí me había pasado nada. La lucha verdaderamente era de vida o muerte, la lucha entre el bien y el mal. Pero gracias a Dios, habíamos ganado nosotros.

XIII

Era el final del verano. Todavía estaba desocupada. Para ocuparme de algo útil me inscribí en el curso de masaje curativo. Estaba contenta porque podía con mis dos manos trabajar y ayudar a la gente. Donde era necesario hacía terapia bioenergética, absolutamente gratis, tal como me lo enseñaron.

Caminaba hacia la clase. El camino pasaba por mi viejo trabajo. Delante del edificio donde había trabajado más de 10 años, encontré a una colega:

- ¿Has vuelto a trabajar? – me preguntó ella.

- No. ¿Por qué?

- Pero, ¿tú no lo sabes? – continuó ella. – Aquí volvió parte de la gente y aun tu jefe encabeza esta organización.

Sin poner una gota de sentido, pronuncié:

- Yo no soy una elegida de Dios. – Y me marché.

Antes de ir a clase ya tenía la intención de entrar en la casa de Dios, de agradecerLe por todo y pedirLe protección. Como todos los días, también este día entré en el templo, encendí mi velita delante de la imagen de Dios y cuando me arrodillé para besarLo, oí un ruido horrible y mi pequeña cruz de plata cayó a un metro de distancia del icono. Sobre mi cuello se quedó colgada sólo la cadena plateada. Entendí que había ofendido mucho a Dios como para que me tirara la cruz, pero no sabía qué había hecho. Encendí una velita también delante de la imagen de la Madre Divina y como quemada salí del templo.

Me fui a clase. Estaba distraída y no tenía ganas de escuchar. Finalmente llegaron las clases de práctica. Allí por lo menos me distraería trabajando con la gente, no pensaría más en lo que había pasado. Simplemente no entendía dónde cometí un error y por qué me castigaban. En la hora de práctica llegó una cercana amiga mía, que había invitado para que me sirviera como maniquí. Cuando ella se marchaba decidí acompañarla y de descargar mi alma delante de ella. Podía contarle todo. Ella entendería bien y me aconsejaría qué hacer. Empecé a contarle lo que me pasó en el templo y en aquel momento me pasó como relámpago el error: “No soy elegida de Dios.”

- Dios, perdona – con lágrimas pronuncié yo.

- No llores, querida – dijo mi amiga. – Él te perdonará. Vete y discúlpate.

Me abrazó, me besó y se marchó. Le era fácil decírmelo, pero, yo cómo le iba a hacer. Cómo explicar a Dios que había usado las palabras en sentido figurado, no en sentido literal, cuando Él todos los días me enseñaba que cada palabra tiene su preciso significado y que se usaba sólo donde esto corresponde a su sentido. Cómo explicarLe que nosotros somos

seres humanos pecadores y ni siquiera tenemos respeto a Su nombre. No tenía palabras para disculparme. El error era de veras grande.

Al día siguiente compré tres margaritas campestres grandes. Estaba segura que exactamente esas flores eran las que tenía que llevar y exactamente en el mismo templo las tenía que dejar. Fui al templo. Delante había mucha gente con flores en las manos, pero como estaba muy turbada en el primer momento no me di cuenta de su presencia en el patio de la casa de Dios. Compré las velitas y cuando estaba en el umbral, entendí... El templo estaba vacío, en el centro había un puntal cubierto de un crespón negro y con una gran cruz en el centro. Empezaba una misa de cuerpo presente, esperaban al muerto. “Vuelta atrás para Usted no habrá, señora.” – sonaba en mis orejas la voz del extrasensitivo. Ahora estábamos tres – Dios, la muerte y yo. Entraré en la iglesia, ¿me asustaré? No, Dios, no. Que sea Tu voluntad y pasé el umbral. Encendí mis velitas, dejé las flores campestres delante de la imagen de Jesús Cristo y la Madre Divina y la más pequeña margarita la dejé delante del trono. Por primera vez me coloqué delante de Dios Padre.

- Dios, perdona. No tengo disculpa. No tengo palabras para eso, pero Te ruego, perdona. ¡Así como esta pequeña flor que dejo ante tu trono, se mantiene en días tempestuosos y en las canículas, yo Te prometo – resistiré! No hay vuelta atrás. Perdona, por favor.

Luego salí del templo. No tenía coraje ni para coger un lápiz y una hoja, ni recibía pensamiento. Dios callaba. Había pasado una semana en silencio.

El lunes fui al mercado. Vi un maravilloso ramo de flores - tres gladiolos blancos y dos claveles lilas, envueltos en celofán de blancas gotas, atadas con una cinta violeta clara. Ramo de flores maravilloso, de veras digno para el templo. Costaban 25 levas, pero en mi monedero había sólo 20 levas. La vendedora había seguido mi mirada.

- ¿Te gusta? – preguntó ella.

- Sí – dije yo, - pero...

Ella no esperó que terminase y dijo:

- Como eres mi primera cliente, te lo doy por 20 levas.

No pensé más y tomé el ramo de flores.

Caminando hacia el templo pedí a Dios que me perdonase y si me había perdonado que hubiera algún cura a quien darle las flores para el altar.

En este día laborable, estaban los cuatro curas. Ellos me saludaron y el principal cogió las flores y me bendijo. Agradecí mentalmente a Dios por Su gran piedad y benevolencia. Entré y mientras ponía mis velitas, escuché la voz entusiasmada del cura:

- Dios, las flores son verdaderamente maravillosas.

XIV

Dios, termino mi relato. Tú realmente eres maravilloso, Tú eres toda la luz y todo lo bueno que falta hoy en nuestro mundo. Dios, me arrodillo ante Ti, delante de Tu gran piedad e infinito Amor y entrego para siempre en Tus manos mi pecadora alma y mi corazón!
¡Amén!

Traducido por:
Zornitza Ganeva – Bulgaria
José de Jesús Saavedra Aceves – México

Editor en Español:
José de Jesús Saavedra Aceves